

Gregorio Santiago Díaz

FRANQUISMO PATÓGENO

Hambruna, enfermedad y miseria
en la posguerra española (1939-1953)

GRANADA

2 0 2 2

COLECCIÓN HISTORIA

DIRECTOR: Francisco Sánchez-Montes González
(Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Granada)

CONSEJO ASESOR:

Inmaculada Arias de Saavedra Alías (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Granada); Antonio Caballos Rufino (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla); John H. Elliott (*Regius Professor* de Historia Moderna de la Universidad de Oxford); José Fernández Ubiña (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Granada); Miguel Gómez Oliver (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada); Antonio Malpica Cuello (catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada); Miguel Molina Martínez (catedrático de Historia de América de la Universidad de Granada); Philippe Sénac (*Professeur Émerite* de Historia Medieval de la Universidad de la Sorbona); Juan Sisinio Pérez Garzón (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Castilla-La Mancha); Ofelia Rey Castelao (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela); María Isabel del Val Valdivieso (catedrática de Historia Medieval de la Universidad de Valladolid).



La edición de este libro ha contado con la ayuda de un proyecto de investigación: «Cultura, identidad e historia de Andalucía. Siglos XIX y XX» (REF. P18-RT-1840), en el marco de los PROYECTOS I+D+I DEL PLAN ANDALUZ DE INVESTIGACIÓN, DESARROLLO E INNOVACIÓN (PAIDI 2020)

© GEGRORIO SANTIAGO DÍAZ

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja

Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada

Tel.: 958 243930-246220

Web: editorial.ugr.es

ISBN: 978-84-338-7115-2 • Depósito legal: Gr./1812-2022

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: Tarma. Estudio gráfico. Granada

Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote. Granada

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

En memoria de Alberto Barrera Moreno

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN	13
1. ¿SILENCIO U OLVIDO? LA CUESTIÓN DE LOS «AÑOS DEL HAMBRE»	13
2. HAMBRE Y HAMBRUNAS: ESPECTROS Y ESPECTADORAS DE LA HISTORIA	21
2.1. ¿Por qué se producen las hambrunas?	25
2.2. ¿Un delito contra la humanidad?	38
3. LA HAMBRUNA ESPAÑOLA DE POSGUERRA EN SU CONTEXTO EUROPEO	41
Parte I. CAUSAS Y DESARROLLO DE LA HAMBRUNA ESPAÑOLA	49
1. LOS DESENCADENANTES DE LA HAMBRUNA ESPAÑOLA	53
1.1. El «escudo» del régimen	54
1.1.1. Las consecuencias de la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial	54
1.1.2. La «pertinaz» sequía	64
1.1.3. El aislamiento internacional	79
2. LA «ESTÚPIDA» POLÍTICA AUTÁRQUICA	94
2.1. La simbiosis del «pensamiento autárquico»	96
2.2. ¿Voluntad autárquica?	102
2.3. La distorsión autárquica. Política comercial, agraria e industrial.	105
2.4. La autarquía como proyecto ideológico	113
3. UN «LARGO INVIERNO» EN ESPAÑA	115
3.1. Salarios y coste de la vida	117
3.2. Política de abastecimientos, escasez y racionamiento	120
3.3. Corrupción, fraude y mercado negro.	130
Parte II. ENFERMEDAD Y MORTALIDAD: CONSECUENCIAS DE LA HAMBRUNA	139
1. La alimentación en la España de los años cuarenta: un «milagro culinario»	143
2. Trastornos y enfermedades en la posguerra española.	154
2.1. Enfermedades carenciales	160
2.2. Intoxicaciones alimentarias	168
2.3. Enfermedades infecciosas agravadas por el hambre	172
2.3.1. El tifus exantemático	172
2.3.2. La fiebre tifoidea y el paludismo	178
2.3.3. La tuberculosis o «peste blanca»	184

2.4. «Intrépidos de la sutileza». El discurso médico-sanitario falangista de la época	194
2.5. La «medicamentalización» del hambre.	200
3. GEOGRAFÍA Y MORTALIDAD DE LA HAMBRUNA ESPAÑOLA	206
3.1. El coste mortal de la hambruna española.	214
3.2. Geografía de la hambruna española.	218
Parte III. LA MEMORIA DE LA HAMBRUNA EN ANDALUCÍA ORIENTAL	225
1. UNA REALIDAD SOCIOECONÓMICA QUE «TE DARÁ DE COMER, PERO NO TE LLENARÁ EL GRANERO».	229
2. PODER LOCAL Y AUTARQUÍA: RACIONAMIENTO, OCULTACIÓN Y ESTRAPERLO	239
2.1. Racionamiento	240
2.2. Ocultación	246
2.3. Estraperlo.	252
3. «ARDIENDO DE HAMBRE». ALIMENTACIÓN, SANIDAD Y VIVIENDA	255
3.1. «Agua fresquita recién traída del pilar»	255
3.2. La vestimenta: una muda, remiendos y «ropa servida»	256
3.3. Pan negro «amasado con la ceniza»	259
3.4. Urbanismo y sanidad: higiene pública y privada	264
4. ESTRATEGIAS DE SUBSISTENCIA: SOLIDARIDAD, CARIDAD, BENEFICENCIA E ILEGALIDAD.	270
4.1. Tiempos viscerales de «aceptar lo que viniera».	273
4.2. Beneficencia y auxilio social	280
4.3. Falsificaciones, estraperlo y hurtos.	291
5. MORTALIDAD Y ENFERMEDAD EN LA ANDALUCÍA ORIENTAL RURAL	306
5.1. La incidencia de la hambruna en Andalucía oriental	306
5.2. La hambruna en andalucía oriental a partir de la tendencia de la mortalidad	314
CONCLUSIONES	318
ILUSTRACIONES, GRÁFICOS Y TABLAS.	327
ILUSTRACIONES.	327
GRÁFICOS.	328
TABLAS.	329
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	330
ARCHIVOS CONSULTADOS	330
Prensa y Fuentes Oficiales	330
REVISTAS CIENTÍFICAS DE LA ÉPOCA.	331
PUBLICACIONES DE ÉPOCA.	334
FUENTES ORALES	336
BIBLIOGRAFÍA.	337
OTROS.	356

AGRADECIMIENTOS

Cuando en 1957 Albert Camus ganó el Premio Nobel de Literatura, una de las primeras cosas que hizo fue escribir a su profesor de primaria para agradecerle su labor, pues «sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo, sin su enseñanza y su ejemplo, no hubiera sucedido nada de todo esto». Precisamente porque sé la enorme importancia que tiene la labor docente, porque ahora la ejerzo yo, quisiera agradecerles a todos y cada uno de mis profesores y profesoras por el tiempo, la dedicación y la huella que dejaron en mí. Todos somos y tenemos un poquito de aquellos que nos enseñaron y nos descubrieron mundos nuevos. Nunca podré olvidarme del maestro Paco, de don Miguel o del trío maravilloso que formaban don Ángel, don José Luis y la señorita Amalia en los primeros años de secundaria. Siempre quedará en mí algo de Carolina, Carmen de Dios —que fueron a la postre, además, mis compañeras de trabajo— Mariceli, Arcángel o Jacinto, entre muchos otros.

Cuando llegué a la Universidad, me advirtieron de la lejanía y el distanciamiento que existía entre el alumnado y el profesorado, pero con el paso del tiempo comprobé que no era del todo cierto. Fueron personas cercanas que mostraban y transmitían su pasión y el amor por la Historia. Por eso no puedo dejar de agradecer a profesores como Juan Manuel Martín García, que además me ha acompañado en las presentaciones de mis novelas y me tutorizó el TFM del máster de profesorado, a Miguel Oliver, cuyas clases magistrales eran toda una aventura y quien me animó en todo momento a seguir investigando o a Diego Checa Hidalgo, que me ayudó muchísimo a mejorar mi metodología investigadora a partir de mi TFM sobre la protesta social en España contra la guerra de Iraq. También a Francisco Cobo Romero, Antonio Laserna o Antonio Jiménez Estrella, con quienes disfruté a lo grande aprendiendo. Pero me gustaría resaltar la figura de Juan Gay Armenteros, cuya pasión por su disciplina y por las palabras dejó un enorme poso en sus estudiantes. Nos dio una visión de la Unión Europea única, que quizá nos ha servido, sin duda, para entender mucho mejor el mundo en el que vivimos.

Este libro es fruto de la culminación del proceso que conlleva una tesis doctoral y, quien me conoce, sabe lo mucho que quería realizar una investigación de este calibre para seguir investigando una Historia que nunca me cansaré de descubrir. Por eso resultó duro aceptar la realidad de tener que opositar e intentar retomar aquello más tarde. No hubo que esperar mucho,

pues en febrero de 2018 tuve la suerte de entrar como técnico auxiliar en el equipo que había formado Miguel Ángel del Arco Blanco para investigar la «Historia y Memoria del hambre». Fueron meses de visitas a archivos, de trabajo de investigación y de un aprendizaje excepcional con compañeras como Noelia Bedmar. Por eso siempre estaré agradecido a Miguel Ángel, pues en aquel duro año, tuve la oportunidad de seguir haciendo lo que más me gustaba y, lo que es mejor, apuntalar las bases de lo que hoy ya es una realidad.

Sin embargo, si hay alguien quien deba agradecer tanto o más, es a Teresa María Ortega López, codirectora de mi tesis. Desde mucho antes de que este proyecto se pusiera en marcha, Teresa me brindó su apoyo y confianza. Durante todos estos años ha estado presta a todas mis dudas, me ha otorgado la flexibilidad que necesitaba, comprensión y en muchas ocasiones me ha devuelto la confianza en mí mismo que yo había perdido. Ha recorrido conmigo todos los caminos de esta tesis, y las palabras de gratitud que pueda dedicarle se quedan cortas.

Y, por supuesto, inmenso es mi agradecimiento a Claudio Hernández Burgos. Aunque se incorporó más tarde a la codirección de este trabajo, sin su ayuda y comentarios no hubiera podido llevar a cabo con éxito esta empresa. Claudio nos dio, a la investigación y a mí, ese empujón que necesitaba para despegar y, al igual que con Teresa, su confianza ha sido un pilar base para mí.

Tampoco puedo dejar de expresar mi agradecimiento a los miembros del Tribunal que evaluaron de forma positiva la tesis y cuyos comentarios y sugerencias, en esta publicación incorporadas, han mejorado el trabajo. Me refiero a los profesores Miguel Ángel del Arco Blanco, Gloria Román Ruiz, Ana Martínez Rus, Ana Cabana y David Conde Caballero.

Asimismo, expreso mi gratitud a la Editorial de la Universidad de Granada, que se ha prestado a la publicación de este proyecto, personificada en la figura de María Isabel Cabrera y que hago extensible todos los trabajadores y trabajadoras que han participado en la edición de este libro.

Fuera del ámbito académico, el reconocimiento más grande que debo hacer es al trabajo de mis padres. Ellos me han brindado lo mejor que tengo, un «arma cargada de futuro»: la cultura. Me enseñaron el sacrificio, el esfuerzo y la dedicación que hay que poner en lo que haces si quieres conseguir algo. Me dieron dos enormes ejemplos. Yo no podría ser sin ellos. Extensible es este reconocimiento a toda mi familia, mi hermano, mis tíos, mis primas. A mis abuelos Josefa y Gregorio y Miguel y Antonia que, de una manera u otra, se vieron influidos por la miseria y el hambre de los años cuarenta y cincuenta. A mis amigos, que saben dónde estoy y sé dónde están. A mis compañeros y compañeras de la facultad. A mis compañeros y compañeras de trabajo, que siempre me han ayudado en este camino: Paola, Javier, Laura, Belén, Manuel, Silvia, Lara, Victoria, José María, Juan de Dios, entre muchos otros. Cómo no acordarme de todo mi alumnado del IES Montes Orientales de Iznalloz, con quienes he compartido y comparto tanto. De igual manera a la familia Barrera Marín, que me han hecho un hueco entre ellos, especialmente a Ana y Anselmo, que vivieron los «años del hambre», y a su nieta Cristina, que cree en mí más que yo.

INTRODUCCIÓN

Los hijos que no tuvimos
se esconden en las cloacas,
comen las últimas flores,
parece que adivinaran
que el día que se avecina
viene con hambre atrasada.

Al alba – Luis Eduardo Aute (1975)

1. ¿SILENCIO U OLVIDO? LA CUESTIÓN DE LOS «AÑOS DEL HAMBRE»

En su domicilio de la localidad granadina de Domingo Pérez entrevisté a Anselmo Marín, quien con tan solo siete años se quedó solo en el pueblo porque sus padres fueron encarcelados al término de la contienda civil que asoló España. «A última hora se tiraron poco tiempo [en la cárcel], pero que se tiraron tres o cuatro años. Mientras yo en la calle, pidiendo para comer». Cuando le pregunté por los responsables del hambre durante aquellos años tan negros, respondió tajantemente que fue «culpa de la guerra, culpa de Franco». Supe entonces que aquellas palabras significaban algo, que escondían algo más profundo que una sencilla afirmación. Sintetizaban, de manera extraordinaria, lo que fueron los «años del hambre» y la concepción que tenía —y tiene— la población de estos. Los males que azotaron la España de los años cuarenta, llena de hambre y miseria, tenían nombres y apellidos para ellos: Guerra Civil y Francisco Franco. Indagué, por tanto, en esa cuestión, preguntándole si pensaban que Franco los quería matar de hambre. «Pues ya ves tú, a caso hecho» fue su contestación.

Recordé entonces las primeras noticias que escuché del hambre en la España de posguerra, relatadas en breves ocasiones de la boca de mi abuela desde que tengo uso de razón. Ella, a pesar de nacer en 1949, sufrió las rigurosas circunstancias de la estrechez y la miseria cuando era niña, en la década de los cincuenta, en un pueblo perdido de la comarca granadina de los Montes Orientales: Montillana. Todavía hoy —y mucho más ahora,

que sabe que me ocupo de estos temas— sigue hablando de las colas que tenía que hacer para obtener alimentos con las cartillas de racionamientos o de la caridad de la Iglesia durante las navidades, de que las cáscaras de las naranjas se utilizaban también como alimento; o de cómo, desde muy pequeña, tuvo que empezar a trabajar y «entrar a servir».

Si afinamos bien el oído, podemos escuchar en cualquier plaza de los miles de pueblos de España historias de vida como estas que merecen ser puestas en valor. Mucho más en momentos como los actuales, en los que una pandemia mundial se está llevando a las últimas generaciones vivas que padecieron en España el hambre. La memoria oral es un elemento tan importante, que está presente a lo largo de toda nuestra vida. No solo la tenemos nosotros, legándola a las generaciones futuras, sino que también —y esto es lo más importante— recogemos de nuestros padres y abuelos, de nuestras madres y abuelas, toda una serie de experiencias que, a veces incluso, llegamos a interiorizar como propias, o al menos las entendemos como sucesos que han forjado lo que somos. Se convierten en procesos que van conformando, con los años, la familia misma, con la construcción de un relato colectivo del que todos y todas se sienten partícipes. Las historias trágicas provocadas por la escasez y la penuria se insertan en la memoria familiar y se traspasan, oralmente, de generación en generación.

Los «años del hambre» son ese relato colectivo que se ha ido creando en el seno de cada familia, en cada calle, cada pueblo y cada ciudad. En el interior de cada hogar del país se ha venido contando cómo eran las condiciones materiales de vida durante los años cuarenta, una época llena de obstáculos, dificultades y miseria para quienes sintieron en sus propias carnes lo que era el hambre y la necesidad. No obstante, y a pesar del calibre de estas experiencias históricas, la historiografía española no se ha preocupado por la hambruna española de posguerra sino hasta fechas muy recientes, cuando ha experimentado notables avances gracias a proyectos como el dirigido por Miguel Ángel del Arco en la Universidad de Granada «Historia y memoria del hambre: sociedad, vida cotidiana, actitudes sociales y políticas de la dictadura franquista (1939 – 1959)»¹, desde 2017 y que se ha visto continuado a partir de 2021 con otro más ambicioso «La hambruna española: causas, desarrollo, consecuencias y memoria (1939-1952)»². Estos fundamentalmente han dejado patente que el hambre de la España de posguerra fue en realidad una verdadera hambruna.

1. <http://test2.atrionweb.com/proyecto>

2. <https://www.hambrunafranquismo.es>

Precisamente, este trabajo nace a partir de mi participación en el primero de estos proyectos como técnico auxiliar, con la finalidad de aportar mi pequeño grano de arena para llenar ese incomprensible vacío historiográfico, ahondando en la cuestión de los «años del hambre», pero también con el objeto de que sirva a la sociedad actual, para que esta pueda mirar al pasado con otros ojos, valorar la vida de quienes nos precedieron y acercarse a las experiencias de sus mayores. Y es que los historiadores e historiadoras poseen —poseemos— un arma de incalculable valor, de extraordinarios poderes y de tremendas repercusiones: la propia Historia, a la que nos tendríamos que deber bajo juramento «herodótico». Pareciera esta un ente casi abstracto, como una Caja de Pandora eterna donde almacenar cualquier atisbo que las sociedades tienen de ella y acudir cuando se desee apuntillar algo con el magnífico argumento del pasado que, precisamente por ser pasado, a veces parece más válido que cualquier otro. En nombre de la Historia se han justificado naciones, guerras, ideologías o sistemas políticos y económicos. Y cuantos más años avanzan en el devenir de la línea temporal, estas explicaciones se convierten en relatos a consumir por los nostálgicos, razonando —de forma tozuda en ocasiones— que «cualquier tiempo pasado fue mejor», porque, como explicó Eric Hobsbawm, «cuando el presente tiene poco que celebrar, el pasado proporciona un trasfondo más glorioso»³. Lo que trato de decir es que los historiadores e historiadoras tienen un doble trabajo u objetivo, puesto que no solo tienen que construir los relatos históricos bajo el rigor científico y metodológico, sino que sobre ellos recae la responsabilidad de exponerlos y hacerles un hueco en la sociedad. Son las dos obligaciones de las que hablaba el propio Hobsbawm, la que nos une a los hechos históricos y la que nos une a la crítica de todo aquello que se arroje ideológicamente contra nuestra ciencia⁴. Los historiadores, en definitiva, aunque tengamos la mira en los hechos ocurridos, somos los guardianes del futuro. Debemos ser nosotros quienes urgen en el *baúl de los recuerdos*, a la vez que sostenemos, impertérritos, que «volver la vista atrás es bueno a veces, mirar hacia delante es vivir sin temor». Quizá, así, alguien aprenda algo de la Historia.

Con este doble objetivo, esta investigación pretende acercarse a los «años del hambre», que podemos calificar, por lo sucedido en algunos años de la década de los años cuarenta, de una auténtica hambruna. De hecho, desde la propia concepción lingüística de la hambruna española como «años del hambre» se dibuja un espantoso silencio respecto al verdadero

3. Hobsbawm, Eric, *Sobre la historia* (Barcelona: Crítica, 2014), p.15.

4. *Ibid.*

trasfondo de la época. Treinta y nueve años son muchos años. Y lo son más si pensamos que, durante ese tiempo, se desarrolló uno de los periodos más estables, políticamente hablando, de la historia contemporánea de España, demasiado adscrita a la convulsión, al cambio político y a la crisis económica. Tan solo la Restauración Borbónica (1875 – 1923) —no exenta, por supuesto, de sus tumultos y alborotos—, y el periodo democrático que siguió a la Transición, desde 1977 hasta la actualidad, han sido más longevos que el franquismo. Han sido —y lo siguen siendo— una pesada losa para quienes han tratado de desarticular, desde la razón, la lógica y los argumentos históricos, los mitos convertidos en realidades y paradigmas de la causa franquista: el creado en torno a la no entrada de España en la Segunda Guerra Mundial, el de la «paz y seguridad» del franquismo o el de «con Franco se vivía mejor». Más allá de aquellos que tienen que ver con la ideología o las decisiones políticas del momento, que tanta bibliografía han ocupado, uno de los mitos más grandes el franquismo tiene que ver con el hambre. Esa longevidad y pragmatismo del régimen le permitió no solo superar los oscuros y difíciles momentos de los años cuarenta, sino elaborar toda una serie de justificaciones, excusas y, sobre todo, propaganda, que, bajo el prisma del «desarrollismo», caló tan hondo en millones de españoles que, todavía hoy, se siguen escuchando los mismos mantras que otrora creara la dictadura a fin de perpetuarse y ampliar su base social.

Los mitos del hambre franquista fueron construyéndose desde la propia Guerra Civil, puesto que se convirtió en un arma arrojadiza contra el bando republicano y en una de las bazas para lograr, como efectivamente sucedió, la victoria final. De esta forma, el hambre era un mal que asolaba la zona republicana y los sublevados tenían la solución a tan horrible fenómeno. Franco había hecho aquella famosa promesa según la cual en la nueva España no habría un hogar sin lumbre, ni una familia sin pan. La victoria militar solo sería victoria consumada si se lograba también el triunfo propagandístico. Así, cuando las tropas rebeldes entraron en la capital, Madrid, a finales de marzo de 1939, lo hicieron acompañadas de las huestes de Auxilio Social, el organismo benéfico falangista, que tuvo que alimentar a una ciudad exhausta después de un asedio de casi tres años. Sin embargo, las palabras se las llevó el viento, la propaganda solo fue eso, propaganda, y la realidad fue mucho más dura. Los años que siguieron a la guerra fueron negros y complicados, llenos de sudor, miseria y pobreza. Años conocidos como «los del hambre».

No obstante, los males que azotaron las vidas de la población durante la posguerra, a pesar de su extensión en el tiempo, pasaron. España entraba, tarde, en la ola que había empujado con fuerza a la Europa Occidental. Las nuevas canciones, lejos de la tradicional copla, la televisión, el turismo,

la moda...dieron una capa de «chapa y pintura» al régimen franquista, que se afianzó y extendió, con los argumentos que esa sociedad del consumo le brindaba, la propaganda. El hambre parecía lejana, como un precio a pagar por la fratricida contienda y los años de enfrentamiento europeo, como una forma de renacimiento español a través de la austeridad y el sacrificio. En la España de Franco, más de veinte años después de lo prometido, no había un hogar sin lumbre, ni una familia sin pan —aunque debería matizarse y analizarse la extensión y profundidad de la pobreza y miseria que se seguía manteniendo en algunas zonas del país más allá de los años cincuenta—. El hambre había pasado. La dictadura brindaba prosperidad y futuro a los españoles. El hambre se había sufrido en la zona republicana, fruto de su ineficiente gobierno. Nada más lejos de la realidad: en la España franquista tuvo lugar una auténtica hambruna durante los años cuarenta.

El régimen de Franco, con su larga implantación, pudo establecer un «velo económico» sobre los primeros años de la dictadura y pudo ocultar sus errores e, incluso podríamos decir, sus intenciones socioeconómicas durante lo que se ha venido denominando primer franquismo, con los años del desarrollismo y apertura económica que conllevaron a la definitiva modernización industrial del país y que puso las bases de una economía orientada al sector servicios. Las mejoras en las condiciones materiales de vida de unas nuevas generaciones, a las que les parecían lejanos los tiempos de una confrontación civil, dejaron atrás todo un pasado de necesidad, miseria y carestía que era mejor olvidar. Y este sentimiento y pensamiento se multiplicó con la llegada de la democracia en la década de los setenta, la entrada de España en el ámbito europeo y el enorme progreso en materia social y económica que ello implicó.

«Es simplemente un olvido, como decía el preámbulo de nuestra ley, una amnistía de todos para todos, un olvido de todos para todos»⁵. En estos términos se expresaba Xabier Arzalluz, diputado del Partido Nacionalista Vasco (PNV) en el Congreso de los Diputados sobre la Ley de Amnistía. Corría el año 1977 y España se enfrentaba a un reto de envergadura: pasar de la dictadura, que la había vestido por casi cuarenta años, a un sistema democrático, con todo lo que esto suponía. Para el éxito de esa Transición, era de vital necesidad aprobar una Ley de Amnistía, donde la primaria intención era perdonar y olvidar los «hechos de sangre» habidos por ambas partes, no solo durante el conflicto bélico, sino también después

5. Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados, 14 octubre 1977, p. 968, https://www.congreso.es/public_oficiales/L0/CONG/DS/C_1977_024.PDF.

de él. Puede que la amnistía política no fuera solo un perdón y olvido de los delitos políticos o ideológicos, sino que hubiera ido más allá. Que impregnara a toda la sociedad con ese otro tópico de no reabrir heridas en todos los ámbitos más oscuros de la dictadura franquista. Uno de ellos sería la hambruna de posguerra. Así, más que silenciada, podemos decir, que los «años del hambre» fueron sepultados bajo toneladas de propaganda franquista y olvido sistemático.

La población guardó en un cajón sus recuerdos angustiosos de cafés hechos con remolacha, de pan de cebada con espigas o leche aguada, ante el hecho de que existían ya unas estanterías a rebosar de cualquier producto en todos los supermercados. Una opulencia, la de nuestra sociedad, que les ha hecho sentirse pequeños, avergonzados por haber tenido que padecer tan alta calamidad. No obstante, no hay más que ver la importancia que nuestros mayores todavía hoy le dan a la comida —y la que le daremos nosotros, en su memoria— para entrever las huellas psicológicas que dejó lo que fue una hambruna en toda regla. Y es que, ellos y ellas, jamás han olvidado, porque quien padece el hambre no puede, sin más, dejar de lado el rugido del estómago que se queda grabado para siempre en la memoria.

Por estas razones se hace necesario desentrañar históricamente todos los aspectos que caracterizaron los «años del hambre». Y a ello contribuye este libro, partiendo de la idea de hacer una historia de la hambruna española de posguerra desde lo general a lo particular, de lo nacional a lo local, poniendo énfasis en la máxima de que el hambre no fue importante porque mataba, sino que precisamente fue relevante porque no lo hacía y la población superviviente tuvo que elaborar una serie de estrategias destinadas a su subsistencia. Así, dividimos este trabajo en cuatro apartados bien diferenciados. Una breve introducción donde nos ocupamos del concepto de hambruna y las causas que las han motivado a lo largo del devenir histórico y a contextualizar la hambruna española en su contexto europeo. La primera parte está dedicada a desgranar las causas y el desarrollo de los «años del hambre» en la España de los años cuarenta, entendiendo que el origen de la hambruna fue el proyecto autárquico voluntariamente adoptado por el franquismo, que llevó a una distorsión económica en todos los sectores productivos y derivó en la escasez, para lo que se necesitó del racionamiento y de una política de abastecimientos por parte del régimen. En la segunda parte analizamos las consecuencias que tuvo la hambruna española de posguerra en la salud de la población, haciendo referencia tanto a los problemas alimenticios y a las enfermedades asociadas a estos, como al coste mortal y a la geografía de la hambruna española. Por último, la tercera parte está destinada a desentrañar la memoria oral de los «años del hambre» en Andalucía Oriental, recorriendo todas las características

que adoptó la hambruna en esta región y cómo la población hubo de enfrentarse a la miseria y pobreza.

Nuestra perspectiva historiográfica ha aunado varios enfoques distintos: la historia internacional comparada, al contextualizar la hambruna española en su entorno europeo; la historia local, que ofrece la oportunidad de estudiar a una escala mucho menor la vida cotidiana, haciendo historia con protagonistas que habitualmente no han formado parte de esta, personas anónimas que, lejos del discurso del poder, han sido invisibles y cuyas voces han sido silenciadas; la interdisciplinariedad, puesto que los temas centrales de este trabajo deben ser interpelados necesariamente desde distintos ámbitos, como la historia social, económica o cultural, la antropología, la sociología o la medicina; y la historia oral, complemento necesario y exclusivo a la hora de reconstruir el relato histórico de la hambruna española. A partir de estos elementos, hemos adoptado a su vez una serie de instrumentos de análisis que van en consonancia con la interdisciplinariedad, ya citada: la perspectiva médico-sanitaria, pues será de vital importancia permitiendo realizar una perfecta radiografía del hambre estableciendo cuáles fueron las consecuencias de este fenómeno; la historia de la vida cotidiana, que posibilitará el análisis de los comportamientos y actitudes de las familias, de los sectores sociales más vulnerables y de los propios individuos, ante la precaria situación de la España de posguerra; y la historia de género, atendiendo con un prisma especial los comportamientos, actitudes y discursos de la mujer —y sobre la mujer—, figura fundamental en la hambruna española como sostenedoras de las familias y como protagonistas de las distintas y más eficaces estrategias de subsistencia.

Para todo ello, y apoyándonos en la bibliografía secundaria y especializada, hemos utilizado una gran variedad de fuentes primarias que podemos dividir en varios apartados, según su uso y finalidad. En primer lugar, con el objeto de construir el relato de la hambruna española desde el ámbito nacional, hemos consultado informes oficiales que emanaron directamente de las autoridades franquistas como los hallados en el Archivo General de la Administración o el Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco, aquellos que se producían en el seno de instituciones de ayuda humanitaria como el Archivo de la Cruz Roja Española o los que elaboraban en la clandestinidad o el exilio las fuerzas políticas de oposición a la dictadura, tales como el Archivo Histórico del Partido Comunista de España o el Archivo de la Fundación Pablo Iglesias. En el mismo sentido, hemos recurrido a fuentes de carácter internacional, que ampliaran la visión de la realidad política, económica y social de posguerra, como los informes emitidos por Naciones Unidas respecto a la España

de Franco o los documentos desclasificados de la Agencia Internacional de Inteligencia —más conocida como CIA— de los Estados Unidos de América. Del mismo modo, hemos acudido al Instituto Nacional de Estadística con la idea de profundizar en la incidencia del hambre en la mortalidad española de la época, estudiando los anuarios referentes al Movimiento Natural de la Población, en los que las defunciones están clasificadas por causas, lo que nos proporciona una información compleja pero interesante que permite ofrecer una cifra aproximada de la mortalidad relacionada directa e indirectamente con el hambre durante la década de los años cuarenta.

Descendiendo a la escala provincial, han sido de esencial importancia la consulta de los Archivos Históricos Provinciales de Granada y Jaén, especialmente para la fotografía socioeconómica de la Andalucía Oriental a través del Mapa Nacional de Abastecimientos. De la misma manera, el Archivo de la Diputación Provincial de Jaén ha permitido indagar en la política de beneficencia de la que se encargaba esta institución.

No obstante, el trabajo con fuentes primarias más trascendental de este proyecto se divide en tres direcciones complementarias entre sí. Para el estudio local hemos acudido a distintos archivos municipales de las provincias de Granada: Campotéjar, Píñar, Dehesas Viejas, Iznalloz, Montejícar, Montillana y Benalúa de las Villas y Deifontes; y de Jaén: Noalejo, Campillo de Arenas y Huelma. Trabajo arduo y difícil, no solo por el acceso a ellos, sino por el estado de muchos de estos archivos, en ocasiones sin catalogar u ordenar. A la misma vez, consultamos los Registros Civiles de Iznalloz, Campotéjar, Dehesas Viejas y Campillo de Arenas, con el fin de obtener una información precisa de la mortalidad registrada en esta zona rural de Andalucía Oriental.

Como fuente vital para conocer la historia de social de la hambruna española nos hemos servido de las entrevistas orales a personas mayores de estas localidades. Este trabajo, además, ha tenido una doble vertiente, puesto que no solo hemos sido entrevistadores personales, sino que desde el Proyecto Vivir y Sentir el Patrimonio que coordino en el IES Montes Orientales, centro de secundaria en el que ejerzo como profesor, elaboramos durante el curso 2020/2021 un proyecto didáctico —«Historia y Memoria de los Montes Orientales de Granada»— que, entre otras cosas, ponía en valor los testimonios de nuestros mayores, por lo que el alumnado tuvo a bien entrevistar a familiares sobre sus trayectorias vitales, percibiendo y aprendiendo la historia desde una perspectiva innovadora. Algunos de estos testimonios también son incluidos aquí, no solo por la riqueza que entrañan debido al valor histórico que poseen para apuntalar los «años del hambre», sino como producto final de un camino que no solo

hemos trazado como historiadores, sino de la mano de alumnos y alumnas que se han acercado y han sido partícipes de la historia de la hambruna española de posguerra, en ese objetivo que perseguimos de hacer llegar a la sociedad nuestros trabajos de investigación.

Por último, y en relación con todo lo anterior, ha sido fundamental acudir a la literatura científica y periodística de la época. Las revistas especializadas en medicina, como *Acta Pediátrica Española*, *Hispalis Médica*, *Sanidad e Higiene Pública*, *Semana Médica Española* o la *SER: Revista médico-social de FET y de las JONS*, no solamente nos han proporcionado una información valiosísima sobre el discurso médico-sanitario de los años cuarenta o las distintas enfermedades que adolecieron a la sociedad española, sino que han optimizado la historia del hambre al dejar patente el conocimiento que tenían los facultativos del primer franquismo de los problemas médicos de aquella España y del peso que llegó a tener el hambre en ellos. Las fuentes periódicas han estado centradas en el boletín semanal que se publicaba por parte de la Asociación de la Prensa de Granada, que no solo se hacía eco de las noticias locales o provinciales, sino que además ampliaba sus miras con las noticias nacionales más importantes. Ello nos ha permitido profundizar, por ejemplo, en la labor de Auxilio Social en la provincia, en el régimen de lluvias y tormentas en todo el territorio nacional o los comentarios y opiniones acerca de las características de los años del hambre: mercado negro, la autarquía, la carestía de la vida o la higiene pública.

2. HAMBRE Y HAMBRUNAS: ESPECTROS Y ESPECTADORAS DE LA HISTORIA

En el mundo actual millones y millones luchan por su subsistencia a diario. El hambre continúa siendo uno de los problemas más graves y amargos de la humanidad, a pesar de la enorme cantidad de alimentos disponibles: cada año mueren en el mundo 10 millones de niños menores de cinco años por esta causa⁶. Periódica o endémicamente, el hambre afecta a individuos de amplios sectores sociales cuya intensificación, debido a la actuación de multitud de factores, lo acaban por convertir en hambrunas, que se han sucedido y repiten a lo largo y ancho de todo el globo.

De hecho, podemos afirmar que la historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha contra el hambre por la supervivencia. Todas y cada una de las sociedades humanas,

6. Moratinos, Miguel Ángel, *La lucha contra el hambre* (Madrid: Turpial, 2013), pp. 21-22.

desde las ancestrales tribus del Paleolítico hasta la sociedad occidental globalizada del siglo XXI, han buscado sobrevivir, no solo manteniendo o apuntalando sus estructuras políticas, económicas, sociales o culturales, sino también, de forma física, resistiéndose a «morir», especialmente durante aquellos periodos o momentos en los que han atravesado mayores dificultades. Descendiendo más abajo, desde la sociedad hasta el propio individuo que la compone, el ser humano, como organismo vivo, necesita unos nutrientes diarios que le permita realizar todas las funciones vitales de forma correcta. Sin el alimento, el ser humano no es —ni puede ser—, puesto que no logra satisfacer una de sus más elementales necesidades⁷. Sin tener una seguridad de acceso a los recursos alimenticios y sin una óptima cantidad y variedad de ellos, las sociedades no son capaces de avanzar en ninguno de los ámbitos sociales, políticos, económicos o culturales e ideológicos, puesto que estarían ocupadas intentando satisfacer esta necesidad primaria.

Dada la magnitud del fenómeno del hambre, por su extensión tanto en el tiempo como en el espacio, las distintas disciplinas científicas —desde la Historia a la Medicina, pasando por la Economía se han ido acercando al problema del hambre: qué es, dónde, por qué se produce y sus trágicas consecuencias. Es por eso que existe un mapa bien trazado sobre el hambre y su relevancia en aquellos periodos históricos en los que las fuentes nos han permitido indagar. No solo eso, sino que se han analizado estos procesos de tal manera que, a su alrededor, se ha construido todo un corpus teórico, una historiografía del hambre que, eso sí, parece centrarse más en los últimos dos siglos, poniendo énfasis en la importancia que tiene para el mundo del siglo XX y XXI.

Si tratamos de definir el concepto de «hambre» y «hambruna», deberíamos comenzar por lo que el propio lenguaje entiende por estos. El Diccionario de la Real Academia Española conecta ambos términos entre sí: el hambre es la «gana y necesidad de comer» —en consonancia con la definición que establecía, Amartya Sen, economista indio, cuando «algunas personas no tienen suficiente comida para comer»⁸— a la vez que también se define como «escasez de alimentos básicos que causa carestía y miseria generalizada», lo que la igualaría al significado de «hambruna». El propio Programa Mundial de Alimentos (PMA) de Naciones Unidas apunta en

7. Según la famosa pirámide de Maslow, las necesidades más básicas del ser humano serían las fisiológicas: respiración, alimentación, descanso, sexo y homeostasis.

8. Sen, Amartya, *Poverty and Famines. An Essay on Entitlement and Deprivation* (Oxford: Clarendon Press, 1981), p. 1.

la misma dirección cuando afirma que el hambre es «la incapacidad de las poblaciones de cubrir sus necesidades alimentarias»⁹.

Empero, han sido los investigadores de las disciplinas científicas quienes han elaborado una definición de los términos más adaptadas a la realidad que pretenden describir. No han sido pocos los debates en este sentido. Efectivamente, hasta hace algunas décadas solo entendíamos por hambruna aquellos procesos de escasez de alimentos que habían llevado consigo una gran cantidad de muertes provocadas por la inanición. Esta definición, tal y como está expuesta, dejaría a un lado la verdadera importancia del hambre y sus consecuencias, puesto que reduciría el fenómeno a momentos excepcionales y a la propia muerte del individuo al no ingerir los suficientes nutrientes como para realizar las funciones básicas del organismo humano.

Ante esto, desde la década de los años ochenta del siglo XX, distintos trabajos procedentes de diversas disciplinas científicas han criticado esta concepción y han ido indagando y redefiniendo el concepto¹⁰. De esta forma y alejándose de la visión ya señalada, Amrita Rangasami exponía que la hambruna no era un suceso excepcional, sino una intensificación de los procesos históricos normales¹¹; Amartya Sen evidenció que no siempre las hambrunas tienen relación con la escasez de productos alimenticios, puesto que hay otros factores —estructura de la propiedad, trabajo, producción, economía, entre otros que influyen y pueden inducir a ellas¹²; John Iliffe sostenía que no tenía por qué existir una gran mortalidad para que se produjera una hambruna¹³; y Alex de Waal relacionaba las muertes durante esos episodios más con las enfermedades epidémicas, que incidían sobre una población hambrienta, que con el propio hambre¹⁴. Conociendo estos detalles de distintos autores, que analizan con una mayor exactitud las hambrunas, quizá la definición más completa y adecuada es la que nos ofrece Comarc Ó Gráda, que establece que la hambruna es un proceso de «escasez de alimentos o de poder adquisitivo que lleva directamente a un

9. Yuste Echarren, Pablo, «Hambre y conflicto», *Cuadernos de Estrategia* 161 (2013), p. 196. Para ver la situación a la que se enfrenta y los avances del PMA: <https://es.wfp.org/panorama>.

10. Devereux, Stephen, «Famine in the Twentieth Century», *IDS Working Paper*, 105 (2000), pp. 1-40.

11. Rangasami, Amrita, «“Failure of Exchange Entitlements”...», pp. 1797-1801.

12. Sen, Amartya, *Poverty and Famines...*

13. Iliffe, John, *A Modern History of Tanganyika* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979).

14. De Waal, Alex, *Famine that Kills: Darfur, Sudan 1984 - 1985* (Oxford: Clarendon Press, 1989).

exceso de mortalidad por inanición o por enfermedades inducidas por el hambre»¹⁵.

Con todo, estas concepciones asociadas al fenómeno no indagan en una de las cuestiones más importantes de este y es que el hambre no solo es importante porque mata, sino que precisamente lo es porque no lo hace. Se ha tenido en cuenta el hambre y, sobre todo, las hambrunas, como procesos históricos que son especialmente relevantes porque generan una muerte masiva de la población por inanición en un corto espacio de tiempo o porque dan lugar a periodos de escasez, con una mayor dificultad para acceder a los recursos, que provocan muertes por malnutrición o por enfermedades que se derivan de esta crítica situación. Se hace hincapié, por tanto, en las defunciones. No obstante, tenemos que entender que el hambre no solo fue —y es— trascendental porque se cobra vidas humanas, sino que lo es porque, justamente, no lo hacía. Las consecuencias del hambre son, tal vez, aún más significativas que las muertes provocadas directamente por este, puesto que una mala y pobre alimentación —fruto del difícil acceso a los alimentos— provoca una debilidad en la población que hace que sea más vulnerable ante otros factores, como las enfermedades, que terminan por sesgar parte de esas vidas, mientras que otra parte de la comunidad sobrevive con una pesada carga, tanto en su cuerpo como en la memoria, por haber vivido tal situación.

Es decir, desde nuestro punto de vista, lo realmente relevante del hambre y de los procesos conocidos como hambrunas es, precisamente, que no solo matan, sino que exponen a los seres humanos supervivientes a toda una serie de riesgos o peligros, muchos de los cuales les dejarán profundas secuelas físicas y psicológicas a lo largo de toda su vida. La desnutrición, el hambre en su forma de necesidad de comer, hace que el individuo sea cada vez más débil y eso le afecta de diversas formas. Por un lado, será menos productivo en el trabajo al faltarle las energías necesarias para llevar a cabo sus obligaciones y provocará secuelas en su futura manutención, entrando en un círculo vicioso. Por otro lado, la desesperación le llevará a elaborar una serie de estrategias alternativas para alimentarse y que, así, ingiera alimentos en mal estado o aquellos que pueden resultar tóxicos para el organismo. De esta manera, el individuo se encuentra más expuesto y vulnerable ante enfermedades, tanto las provocadas por el estado de subalimentación en la que se halla por la falta de nutrientes y vitaminas, como las infecto-contagiosas, que se disparan con las malas condiciones

15. Ó Grada, Cormac, *Famine. A short history*. (Princeton and Oxford: Princeton University Press, 2009).

de salubridad, higiene y alimentación. Pero las enfermedades no acaban con toda esa población en un estado tan delicado, sino que parte de esta las supera, y entonces, a lo largo de toda su trayectoria vital, sufren unas profundas consecuencias físicas y psicológicas que vienen determinadas, en primera instancia, por el hambre. Su salud futura y su memoria, se verán condicionadas por el fenómeno histórico que ponemos en el centro de nuestro estudio.

Por consiguiente, tendríamos que complementar la definición de hambre y hambrunas que ha dado la historiografía hasta ahora, englobando también dentro del fenómeno esta última perspectiva. De esta forma, podríamos definir el hambre y las hambrunas como un periodo indeterminado de tiempo en el que, bien por causas naturales o humanas, se produce una escasez de alimentos o un difícil acceso a los recursos que, al intensificarse o prolongarse, provoca un exceso de mortalidad, ya sea directamente por el hambre —no solo la inanición, sino las enfermedades o trastornos derivadas del déficit alimenticio— o indirectamente— puesto que el hambre debilita a la población haciéndola más vulnerable a las enfermedades infectocontagiosas—, dejando unas profundas consecuencias y secuelas tanto físicas como psicológicas en los supervivientes, que estos legan, a su vez, a las generaciones futuras. Esta último es una cuestión muy interesante, ya que el hambre y las hambrunas no solo pueden determinar la salud o el bienestar biológico de los descendientes de quienes sobrevivieron al hambre, sino que toda su concepción social se verá modificada, transmitiendo la relevancia de la comida y los alimentos, recordando las penurias y miserias padecidas.

2.1. *¿Por qué se producen las hambrunas?*

El hambre y las hambrunas, entendiéndolos tal y como hemos definido, han acompañado de forma inevitable, por lo tanto, a todas las sociedades humanas. De forma pesimista, Thomas Malthus se acercó al hambre en su *Ensayo sobre el principio de la población* de 1798, llegando a la terrible conclusión de que la miseria y la escasez serían siempre inevitables para una gran parte de la humanidad, puesto que es mucho mayor el aumento demográfico que el de los recursos necesarios para alimentar a esa creciente población¹⁶. No obstante, Malthus no podía prever la innovación tecnológica producida en las sucesivas revoluciones industriales que

16. Malthus, Thomas, *Ensayo sobre el principio de la población*, (México D.F. : Fondo de Cultura Económica, 1986) [1798], Capítulo 1.

umentaron la productividad, dejando en agua de borrajas su afirmación¹⁷. Sin embargo, estos rotundos y trascendentes avances no han reducido por completo la posibilidad de la existencia de hambre o hambrunas en las sociedades humanas actuales, como evidentemente pone de manifiesto la presión entre demografía y recursos en el Tercer Mundo. Karl Marx daba una visión más optimista del futuro de la humanidad, previendo este progreso científico-técnico y haciendo hincapié en que el problema o la cuestión no radicaba tanto en la población, sino, más bien, en la distribución de los recursos, con el telón de fondo de las amplias desigualdades sociales producidas a raíz de la industrialización, puesto que entendía que el capitalismo necesitaba ese aumento demográfico para mantener los salarios bajos de una mano de obra que, además y como contradicción del sistema, no podía acceder al consumo de las mercancías que producían lo que llevaría a crisis de sobreproducción¹⁸.

Sobre estos dos argumentos pivotan las causas del hambre y las hambrunas: los factores naturales y los políticos o sociales, puesto que tanto una crisis en la producción como en la distribución de alimentos inciden de forma importante en la aparición de este fenómeno¹⁹. Unos y otros desencadenantes estarán presentes en las distintas hambrunas de la historia humana, aunque tal y como se ha demostrado, las causas naturales desempañaron un papel más importante en las hambrunas en la Antigüedad, la época medieval y moderna e incluso en la contemporaneidad del siglo XIX, y las causas sociales o humanas fueron más determinantes en el siglo XX, por los cambios rotundos y radicales originados a partir de la Revolución Industrial²⁰. Aunque, cierto es, no podemos disociar tanto unas causas como otras, puesto que se acentúan cuando actúan a la misma vez, y muchas veces son desencadenantes que se retroalimentan.

En un primer término, debemos hacer referencia a las causas naturales del hambre y las hambrunas. El ya citado Malthus llegó a afirmar que «el hambre parece ser el último y más terrible recurso de la naturaleza», que se producía cuando los recursos de una sociedad eran insuficientes para

17. Cameron, Rondo E., Neal, Larry D., «Introducción: historia económica y desarrollo económico.», en *Historia económica mundial. Desde el Paleolítico hasta el presente*. (Madrid: Alianza Editorial, 2005).

18. Marx, Karl, *El Capital. Tomo I. El proceso de producción del capital*. (Edición digital: Feedbooks), 1867, Capítulo XXIII. La ley general de acumulación capitalista.

19. Del Arco Blanco, Miguel Ángel, «Las hambrunas europeas del siglo XX y el lugar de “los años del hambre”», en Del Arco Blanco, Miguel Ángel (ed.) *Los «años del hambre». Historia y memoria de la posguerra franquista*. (Madrid: Marcial Pons Historia, 2020), p. 26.

20. *Ibid.*, pp. 26-27.

alimentar a una población en aumento. Este mecanismo de regulación demográfica al que se refería el clérigo del siglo XVIII estaba en relación con los desastres naturales que se han sucedido a lo largo de la historia de la humanidad y que tienen que ver con las condiciones geográficas y climatológicas del planeta. Desde el Neolítico hasta, prácticamente, el siglo XX, la agricultura y la ganadería eran las dos principales actividades económicas de las sociedades humanas. Eso significaba que la dinámica demográfica, así como el bienestar o la seguridad de acceso a los recursos alimenticios, estaban sujetas a la productividad de los campos cultivados y la extensión de estos. Desencadenantes naturales como las sequías, las inundaciones, las plagas, la presión demográfica, las condiciones del suelo de un territorio u otras catástrofes determinarían las cosechas y, por ende, la aparición del hambre y las hambrunas. Estas hambrunas provocadas principalmente por causas naturales se veían agravadas o determinadas, en parte, por los factores humanos.

Durante la Antigüedad, las hambrunas provocadas por este tipo de causas tuvieron que ser periódicas y constantes. En tiempos del último rey asirio, Asurbanipal (668-627 a.C.), Elam «conocía un hambre terrible, debida a una sequía catastrófica», por lo que permitió que sus habitantes se refugiaran en Asiria²¹. Los griegos, durante el primer milenio antes de Cristo, pasaron de ser agricultores a comerciantes que dominaron todo el Mediterráneo, precisamente por las condiciones geográficas de las tierras de las que provenían, puesto que estas eran rocosas²². Y no solo eso, sino que su posición geográfica condicionó a una población que, creciente, veía presionados sus recursos de subsistencia por el difícil acceso a la tierra. Así, desde mediados del siglo VIII a.C., se lanzaron al mar y a fundar colonias por todo el Mediterráneo, que aliviaron esa presión y que además multiplicaron los recursos cerealísticos de las ciudades de las que procedían los colonos²³. Roma sufrió también el hambre. Entre el 79 y el 88 d.C. una sequía desembocó en una hambruna que azotó la península itálica y que provocó la muerte de 10.000 personas en un día en la capital del Imperio²⁴.

21. Cassin, Elena, Bottéro, Jean, Vercoutter, Jean, *Los imperios del Antiguo Oriente III. La primera mitad del primer milenio*. (Madrid: Historia Universal Siglo XXI - 4, 1965).

22. Cameron, Rondo E., Neal, Larry D., «2. El desarrollo económico en la Antigüedad.», en *Historia económica mundial. Desde el Paleolítico hasta el presente*. (Madrid: Alianza Editorial, 2005).

23. Gallego, Julián, «La agricultura en la Grecia antigua. Los labradores y el despegue de la polis», *Historia agraria: Revista de agricultura e historia rural* 32, (Abril de 2014), p. 18.

24. Graves, Ralph, «Fearful Famines of the Past», *National Geographic Magazine* 32 (julio de 1917), p. 73.

La ciudad romana de Edesa, en Mesopotamia, a pesar de tener a su alrededor productivos campos de cultivo, sufrió una hambruna en el 500 d.C. debido a una plaga de langosta que arruinó las cosechas²⁵.

No obstante, es durante el periodo medieval cuando se tiene constancia de numerosas hambrunas debidas a causas naturales, pudiera ser tanto por el mayor acceso a las fuentes para la reconstrucción del pasado como por la ruralización de la sociedad tras la caída del Imperio Romano y la destrucción de las redes comerciales que había fuertemente tejido, dependiendo, aún más, de la producción agraria²⁶. El mundo medieval fue un mundo inestable, constantemente viviendo al límite de la subsistencia, tal y como señala Le Goff:

El Occidente medieval es ante todo el universo del hambre. El miedo del hambre y, con demasiada frecuencia el hambre misma, le atenazan. (...) La causa inmediata de la hambruna es la mala recolección, es decir, el desarreglo del orden natural: sequía e inundaciones²⁷.

En este sentido podemos poner varios ejemplos. A mediados del siglo XI, entre 1032 y 1034 existieron en el Occidente europeo una serie de malas cosechas debido a las continuas lluvias, tal y como explica Raoul Glaber, monje de Cluny:

El hambre comenzó a extender sus destrozos y se temía la desaparición de casi todo el género humano. Las condiciones atmosféricas se hicieron tan desfavorables que no se encontraba tiempo apropiado para ninguna clase de siembra y, sobre todo a causa de las inundaciones, no hubo forma de llegar a la recolección (...) ²⁸.

Durante el siglo XIII también se sucedieron hambrunas originadas por «lluvias torrenciales e inundaciones» y justo antes de la gran crisis originada por la Peste Negra de 1348, entre 1315 y 1317, tuvo lugar una hambruna que afectó a todo el norte de Europa, desde los Pirineos hasta Rusia²⁹, debida

25. Ward-Perkins, Bryan, *La caída de Roma y el fin de la civilización*. (Madrid: Espasa, 2007), p. 107.

26. Le Goff, Jacques, *La civilización del Occidente medieval* (Barcelona: Paidós, 1999) [1964], Capítulo I. Parte I. Siglos V-VII.

27. *Ibid.*, Parte II. La civilización material. Capítulo II. La vida material (siglos X-XIII).

28. *Ibid.*

29. Cameron, Rondo E., Neal, Larry D., «3. El desarrollo económico de la Europa Medieval», en *Historia económica mundial. Desde el Paleolítico hasta el presente*. (Madrid: Alianza Editorial, 2005).

a una concatenación de malas cosechas ocasionadas por condiciones climatológicas adversas. La ciudad de Brujas, que contaba con 35.000 habitantes, perdió 2.000 vidas por culpa de la hambruna³⁰.

A pesar de la recuperación demográfica europea del siglo XV y XVI, la modernidad del siglo XVII dejó tras de sí un reguero de pestes, guerra y hambre. La concatenación de estos hechos diezmo la población, debido en parte a una serie de malas cosechas³¹. En la Castilla de 1601, las oleadas de peste impedían a los labradores entrar en la villa de Córdoba y comunicarse así con los señores del cortijo que trabajaban, pidiendo «licencia para segar los trigos y cebadas que tienen sembrados en el cortijo de los Charcos y pedir veedores que vean los sembrados, porque tienen notoria esterilidad (...)»³². El hambre, muchas veces provocada por las malas cosechas, agravaba las epidemias cíclicas del siglo XVII, por lo que no podemos explicar estas sin tener en cuenta la situación de precaria alimentación que padecían³³.

El siglo XVIII, y especialmente el siglo XIX, trajo consigo la Revolución Industrial que se difundió desde Inglaterra hacia el resto de Europa, con un desarrollo regional desigual. La producción y productividad de la agricultura aumentó de manera significativa en Inglaterra, dando lugar a un sector industrial potente. Sin embargo, muchos otros países europeos tuvieron una industrialización leve y tardía, lo que les hizo más vulnerables a crisis cíclicas de la agricultura que daban lugar al hambre. Este el caso de la famosa hambruna de Irlanda de 1847, provocada por unas malas cosechas de la patata, el alimento más básico para las capas más humildes de la población irlandesa ya que las mantenía bien alimentadas³⁴. Debido a una climatología adversa, el frío y las lluvias intensas, aparecieron hongos en los tubérculos³⁵ que arruinaron las cosechas y la hambruna se extendió entre los irlandeses, que ya no podían acceder al alimento esencial de sus dietas.

30. Le Goff, Jacques, *La civilización del...*, Parte Capítulo IV. La crisis de la cristiandad (siglos XIV-XV).

31. Cameron, Rondo E., Neal, Larry D., «5. Segunda logística de Europa», en *Historia económica mundial. Desde el Paleolítico hasta el presente*. (Madrid: Alianza Editorial, 2005).

32. Aranda Doncel, Juan, «Mortalidad y crisis demográfica en tierras cordobesas: las epidemias en la villa de Castro del Río durante el siglo XVII», *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes* Año LVII, 11 (diciembre de 1986), p. 6.

33. Hobsbawm, Eric, *En torno a los orígenes de la Revolución Industrial* (Madrid: Siglo XXI, 1972), Primero. La crisis general de la economía europea en el siglo XVII.

34. Ó Grada, Cormac, *Ireland before and after the famine. Explorations in economic history, 1800 - 1925* (Manchester University Press, 1998), p. 2.

35. Ó Grada, Cormac, *Black '47. The great irish famine in history, economy and memory*. (Princeton (New Jersey): Princeton University Press, 1999), p. 35.

En un segundo término, hablaríamos de las causas políticas o sociales del hambre. En este sentido, son las instituciones político-administrativas quienes, con sus decisiones, determinan estos factores. Cuestiones como la estructura de la propiedad de la tierra, los cambios económicos o la política económica adoptada, la distribución de los recursos, el acceso a la riqueza, la quiebra de los circuitos comerciales, la guerra o el aislacionismo político o económico, pueden llegar a provocar hambre o situaciones críticas de escasez para toda o para los sectores más vulnerables de una sociedad.

Adam Smith, uno de los padres del liberalismo económico, exponía en su mítica obra *La riqueza de las naciones* (1776) que para combatir el hambre y la escasez la mejor medida era la eliminación de las trabas comerciales dentro y fuera de las naciones. De este modo, «la escasez de cualquier país podría ser aliviada por la abundancia de otro»³⁶. Empero, esa libertad de comercio, aunque podría asegurar la cantidad de alimentos suficientes para toda una población en situación de precariedad alimentaria, no llegaría a hacerlo, puesto que el acceso a esos recursos sería desigual para los sectores sociales con un nivel bajo de acceso a la riqueza que, por ende, no le permitiría satisfacer por completo sus necesidades primarias. A lo que se estaba refiriendo Adam Smith era a las decisiones políticas y económicas del Estado como institución político-administrativa. Y, evidentemente, estas decisiones o medidas que se adoptan desde el poder pueden magnificar o minimizar los periodos de escasez de recursos. De esta forma, la política económica de un Estado es vital para comprender por qué se sucede el hambre y las hambrunas.

Por tanto, se hace necesario desengranar las variables tanto políticas como económicas que dependen en gran medida del Estado y que se convierten en factores inestimables para entender las hambrunas, la profundidad de estas y sus propias consecuencias.

Aludiríamos, primero, a la estructura de la propiedad de la tierra. Esta, más concentrada o más dividida, incentiva o no la producción agraria, así como el nivel de acceso a los recursos por parte de los pequeños y mediados propietarios, pero también de aquellos que deben vender su fuerza de trabajo porque no poseen tierra en propiedad. La Andalucía del siglo XIX se configuró a partir de las medidas de la revolución liberal, dando lugar a una dualidad entre los sectores terratenientes —nobleza y nueva burguesía agraria— y los campesinos sin tierra, estos últimos en

36. Smith, Adam, *La riqueza de las naciones* (Madrid: Alianza Editorial, 1994) [1776], Libro IV, Capítulo V.

crecimiento debido al aumento demográfico³⁷. De esta forma, era una Andalucía eminentemente rural, con una estructura de la propiedad con una parte occidental de carácter latifundista y una oriental más parcelada, donde la mayoría población básicamente era bracera, dependiendo de su jornal. Esto les hacía muy vulnerables a las oscilaciones económicas y a los periodos de malas cosechas, sequías, o de subida del precio de alimentos básicos³⁸. El movimiento campesino en la Andalucía del siglo XIX, por ejemplo, reclamaba un reparto de tierras, esto es, un cambio en la estructura de la propiedad de la tierra, para dejar de perpetuar la miseria de cientos de miles de personas.

Además de la producción, otra cuestión sería la distribución de estos productos, con la inestimable actividad económica del comercio. Las rutas comerciales han enriquecido desde tiempos remotos a los pueblos que las han recorrido y a aquellos con quienes han intercambiado sus productos. Desde los fenicios o griegos, creando sus factorías por todo el Mediterráneo, hasta la sociedad occidental del siglo XXI. Para que la actividad comercial sea exitosa y fructífera, el Estado debe construir o facilitar un conjunto de infraestructuras de transporte y comunicación que permitan tales intercambios: carreteras, puertos, embarcaciones o vehículos. Uno de los mejores ejemplos sería, quizá, el Imperio Romano, puesto que, dada su extensión territorial, necesitó de una buena comunicación terrestre —las calzadas— y naval para asegurar un buen abastecimiento alimenticio a su población, especialmente para la capital, Roma —que llegó superar el millón de habitantes—, para lo cual tuvo que importar grandes cantidades de grano desde lugares como el norte de África, Sicilia o Egipto³⁹. A su vez, trasladaban alimentos desde las zonas con superávit productivo hasta aquellas que eran deficitarias, gracias a una eficaz administración y a una considerable red de comunicaciones⁴⁰. De hecho, se tiene constancia que tanto los artículos de lujo como aquellos más cotidianos o rutinarios llegaron a todas las zonas del Imperio y a los distintos sectores sociales⁴¹.

37. González de Molina, Manuel, Gómez Oliver, Miguel (coords.), «Cambios sociales y actitudes políticas en el siglo XIX andaluz», *Historia Contemporánea de Andalucía. Nuevos materiales para su estudio*. (Granada: Proyecto Sur de Ediciones, 2000), pp. 119-136.

38. Quesada Garrido, Alejandro, «De la lucha por la tierra a la sujeción a los subsidios agrarios. Análisis etnohistórico de la inversión de flujos económicos en una comarca de Andalucía oriental (S. XVI-XXI)» (Tesis doctoral, Granada: Universidad de Granada, 2006), p. 204.

39. Cameron, Rondo E., Neal, Larry D., «2. El desarrollo económico en la Antigüedad.»

40. Le Goff, Jacques, *La civilización del...*, Parte II. La civilización medieval. Capítulo II. La vida material (siglos X-XII).

41. Ward-Perkins, Bryan, *La caída de Roma...*, p. 66.

La ruralización de la sociedad y la economía tras la crisis del siglo III d.C. y el fin del Imperio Romano de occidente, dio lugar a que la Edad Media fuera un periodo marcado por la escasez, determinada por la inexistencia de circuitos comerciales en los que los productos podrían ser distribuidos, dando lugar a precios elevados y hambre cíclica por toda Europa⁴².

Si damos un salto en el tiempo hasta el siglo XX, a la realidad de la crisis de la bolsa de Nueva York en 1929, encontramos que el sistema financiero y productivo quebró en Estados Unidos y se amplió a unos países capitalistas cada vez más interconectados y dependientes entre sí. Tanto, que fue el comercio internacional el sector más afectado puesto que, entre 1929 y 1933, se redujo a un tercio de lo que había llegado a significar⁴³. El impacto en las economías avanzadas de Occidente fue notable, aumentando las listas del paro, el hambre y la miseria social. Del mismo modo, en la India dominada por los británicos tuvo lugar la hambruna de Bengala en 1940 a causa de la ineficaz política gubernamental, que no pudo controlar la distribución de alimentos⁴⁴.

Pero es que, igualmente, los Estados con suficiente capacidad organizativa, económica, coercitiva y administrativa han desarrollado desde la Antigüedad una serie de estrategias para salvaguardar la salud nutricional de su población, fundamentalmente durante aquellos lapsos de tiempo de mayor complejidad en el acceso a los recursos, como bien pudiera ser un ciclo de malas cosechas, para paliar las dificultades existentes. Es en este ámbito donde entraría el Estado como institución para realizar labores de distribución y de asistencia social, puesto que, sin su intervención, las consecuencias del hambre habrían sido más trágicas. Es el caso del relato bíblico del Antiguo Egipto, cuando José interpretó los sueños del Faraón y profetizó que vendrían siete años de abundancia y siete de malas cosechas y hambre⁴⁵. Ante esto, José conminó al Faraón a que Egipto se aprovisionara de los suficientes recursos como para soportar los dramáticos siete años que se avecinaban. Y así fue: «y hubo hambre en todos los países, mas en toda la tierra de Egipto había pan», puesto que los graneros egipcios estaban repletos y comenzaron a distribuirse entre una población necesitada de alimento. Este relato, por lo tanto, demuestra la capacidad administrativa de almacenaje y distribución

42. Pirenne, Henri, *Las ciudades de la Edad Media* (Madrid: Alianza Editorial, 1972), 5. Los comerciantes.

43. Fontana, Josep, *El siglo de la Revolución. Una historia del mundo desde 1914*. (Barcelona: Crítica, 2017), p. 181.

44. William Fogel, Robert, *Escapar del hambre y la muerte prematura, 1700-2100. Europa, América y el Tercer Mundo* (Madrid: Alianza Editorial, 2009), p. 85.

45. *Santa Biblia* (Reina-Valera, 1960), Génesis, p. 41.

del Antiguo Egipto en un periodo de escasez. O incluso el propio Imperio Romano que, temiendo los disturbios sociales asociados a periodos de hambre y escasez, llegó a repartir gratuitamente trigo a 200.000 familias humildes⁴⁶. No obstante, las medidas de asistencia social alcanzaron un mayor desarrollo a medida que el Estado se hacía más fuerte y se introducían cambios económicos tan importantes como los de la Revolución Industrial, a partir de mediados del siglo XIX. Unas medidas ampliadas y consideradas básicas ya en el siglo XX, siendo su máxima expresión el Estado del Bienestar surgido tras la Segunda Guerra Mundial en Occidente.

Otra de las determinaciones de los Estados que pueden provocar periodos de escasez o dificultad para su población son aquellas que se refieren a la ideología y, en relación a esta, las políticas económicas adoptadas. Con la llegada al poder de Stalin, a mediados de los años veinte, se auguraba un cambio económico en la Unión Soviética surgida de la Revolución de 1917. La Nueva Política Económica (NEP), una especie de capitalismo de Estado, iba a dejar paso a la planificación económica estatal a través de los planes quinquenales, con el objetivo de industrializar el país. Para ello, era necesario aumentar la producción agrícola y era el Estado el que debía reorganizar la agricultura para alcanzar el objetivo, por lo que se procedió a la abolición de la propiedad privada con la colectivización forzosa del campo. Esta política económica desarticuló la propia agricultura y los mercados locales, con especial virulencia en Ucrania: la sequía, la resistencia de los *kulaks* a la colectivización y el mal funcionamiento de la administración, instigaron un descenso de la producción que, unido a las requisas de cereal, extendieron el hambre a principios de los años treinta dejando millones de muertos⁴⁷.

Tras la Primera Guerra Mundial, en el periodo de entreguerras, surgió en Europa una nueva corriente política, económica e ideológica como contestación a la Revolución Rusa de 1917: el fascismo. En vista de que las demás naciones eran potenciales enemigos y respetando el libre mercado y la propiedad privada, adoptaron una política económica autárquica encaminada al autoabastecimiento y la autosuficiencia del país, potenciando la producción nacional y, en particular, la industria militar⁴⁸.

46. Cameron, Rondo E., Neal, Larry D., «2. El desarrollo económico en la Antigüedad.»

47. Applebaum, Anne, *Hambruna roja: la guerra de Stalin contra Ucrania* (Barcelona: Debate, 2019).

48. Cobo Romero, Francisco, «¿Fue realmente revolucionario el fascismo? Reflexiones desde la historia política y social comparada de la Europa de Entreguerras», en Cobo Romero, Francisco, Hernández Burgos, Claudio, Del Arco Blanco, Miguel Ángel (eds.), *Fascismo y modernismo. Política y cultura en la Europa de Entreguerras (1918-1945)* (Granada: Comares Historia, 2016), p. 39.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el fascismo se extendió por buena parte del continente europeo. La Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler invadieron Grecia en 1941 y dividieron el país en tres zonas, una para los italianos, otra para alemanes y la restante para la aliada Bulgaria, alterando por completo la economía del país heleno: en cada zona un sistema monetario, incautaciones de recursos y de medios de transporte, impuestos a campesinos... a lo que se unía el bloqueo marítimo por parte de Gran Bretaña⁴⁹. Los efectos de tal política económica no se hicieron esperar y el hambre se hizo presente en Grecia entre 1941 y 1942, la «Gran Hambruna» o *Katohikos limos*⁵⁰. El franquismo, copiando en parte esa idea del fascismo, adaptó la autarquía económica a la situación española de posguerra civil en 1939, en aras de aumentar la capacidad industrial de España. Sin embargo, los principales resultados de dicha política económica fueron desastrosos, ya que la regulación e intervención económica no vino sino a agravar las consecuencias de la guerra, prolongando el tiempo la escasez de productos, el hambre y la miseria de la población, a partir del estraperlo y el racionamiento⁵¹. Del mismo modo ocurrió durante los años cincuenta en la China de Mao, porque, aunque se consiguió acabar con las hambrunas de los periodos anteriores, los deseos de industrializar el país llevaron a una alocada y precipitada política económica que no tuvieron los resultados esperados y que, coincidiendo con años de malas cosechas, hizo reaparecer el hambre⁵².

El aislacionismo ideológico y económico propio de un Estado puede tener también sus consecuencias en el panorama internacional, agravando la coyuntura. La comunidad internacional, debido a esa condición política, ideológica o económica, puede aislar a su vez a ese Estado. El régimen franquista en España se vio totalmente aislado internacionalmente después de que las potencias del Eje fueran derrotadas en la Segunda Guerra Mundial y la ONU acusara al franquismo de tener «naturaleza fascista»⁵³. En este mismo sentido, en los años noventa, tras la disolución de la URSS, el

49. Del Arco Blanco, Miguel Ángel, «Las hambrunas europeas del siglo XX...», p. 33.

50. Hionidou, Violeta, *Famine and Death in Occupied Greece, 1941-1944* (Cambridge: Cambridge University Press, 2006), pp. 33-48.

51. Del Arco Blanco, Miguel Ángel, «“Morir de hambre”. Autarquía, escasez y enfermedad en la España del primer franquismo.», *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea* 5 (2006), pp. 242-43.

52. Dikötter, Frank, *La gran hambruna en la China de Mao. Historia de la catástrofe más devastadora de China (1958-1962)* (Madrid: Acantilado, 2017).

53. Resolución 39 de la Asamblea General de las Naciones Unidas, 12 diciembre de 1946. [Disponible online: <https://www.un.org/es/documents/ag/res/1/ares1.htm>]

cese de sus ayudas, el aislamiento internacional y el bloqueo económico dieron lugar al llamado «periodo especial» de profunda escasez en la Cuba de Fidel Castro⁵⁴, o a una importante hambruna en Corea del Norte⁵⁵.

Más allá de las decisiones políticas y económicas de los Estados, el hambre y las hambrunas se pueden explicar en gran parte por la existencia de conflictos bélicos, que han condicionado estas decisiones de forma considerable. La guerra, como tal, ha sido otro de los fenómenos históricos que ha acompañado a las sociedades humanas desde sus primigenias configuraciones, y estas y su poder de destrucción se han ido haciendo más complejas a medida que las civilizaciones han ido desarrollándose, evolucionando y alcanzando estadios superiores. Estos enfrentamientos tienen sus consecuencias en todos los aspectos que anteriormente se han citado: provocan un descenso de la producción y productividad agraria a la vez que aumentan los costes, quiebran los circuitos comerciales, desestabilizan mercados, así como las infraestructuras de redes de comunicación y transporte⁵⁶. El Estado, para poder dar una óptima respuesta a la contienda, ya sea intraestatal o interestatal, adopta una política económica priorizando la guerra, lo que hace, por lo tanto, que sean más complejas y difíciles las tareas de distribución de recursos y las medidas de asistencia social, que en la contemporaneidad han quedado en manos de organismos humanitarios internacionales.

Si examinamos algunas guerras contemporáneas podremos comprobar las cuestiones anteriores. En 1808 las tropas francesas de Napoleón, según lo firmado con España en el Tratado de Fontainebleau (1807), cruzaron los Pirineos con la idea de llegar e invadir Portugal. Pero no fue así, puesto que las tropas napoleónicas comenzaron a ocupar la Península. Napoleón aprovechó las llamadas abdicaciones de Bayona para deshacerse de Carlos IV y Fernando VII, de la dinastía de los Borbones, y poner a su hermano José I —conocido en España como Pepe Botella— en el trono español. El dos de mayo se produjo un levantamiento en la capital de los madrileños en contra de la ocupación francesa. La noticia corrió como la pólvora por las provincias y comenzó una resistencia ante el invasor, que acabaría por desencadenar la conocida como Guerra de Independencia (1808 – 1814). España estaba entrando en la contemporaneidad, aunque el Antiguo Régimen todavía perduraría unas décadas más. Económicamente, el país se basaba en

54. De Maesener, Rita, «La (est)ética del hambre en el Periodo Especial», *Cuadernos de Literatura XX*, 39 (junio de 2016), p. 360.

55. Cembreriero, Ignacio, «Corea del Norte reconoce que la hambruna causó 220.000 muertos», *El País*, 16 de mayo de 1999.

56. Yuste Echarren, Pablo, «Hambre y conflicto», p. 194.

una agricultura atrasada y escasamente productiva, por lo que la población se veía constantemente enfrentada a las crisis cíclicas de subsistencia, como lo había hecho durante todo el siglo XVIII. A ello se sumó la guerra y sus secuelas. Los campos no tenían suficiente mano de obra y los mercados locales quedaron desarticulados dando lugar a una escasez de alimentos y a una subida del precio de estos, mayormente del producto básico por excelencia, el pan, por lo que la población española que vivió la contienda sufrió el hambre, cuyo punto álgido fue 1812: en Madrid murieron 20.000 personas⁵⁷. Del mismo modo sufrió París durante la guerra franco-prusiana entre 1870 y 1871, cuando miles de refugiados se dirigieron hacia la capital ante el avance alemán, que asedió la ciudad. No había la suficiente comida para abastecer a la población parisina, por lo que el hambre se extendió hasta el punto de que gatos, perros y ratas se vendieron a precios astronómicos⁵⁸.

La extensión y desarrollo del capitalismo, sobre todo a partir de mediados del siglo XIX, propició un fortalecimiento del Estado⁵⁹ y de sus capacidades, así como una auténtica revolución científica y tecnológica que desembocó desde inicios del siglo XX en la llamada guerra moderna, con unas consecuencias humanas y sociales hasta entonces nunca vistas.

Tras la Revolución Bolchevique de 1917 se inició la Guerra Civil Rusa (1918 – 1921) en la que los antiguos elementos privilegiados del zarismo, ejército y nobleza, intentaron restablecer la situación en el país eslavo. Fue un enfrentamiento atroz que dejó ocho millones de víctimas debido a la propia guerra, al hambre y a las enfermedades⁶⁰. El ejército Blanco —los antiguos zaristas— obtuvo el apoyo de Francia, Alemania o Gran Bretaña, casualmente potencias enemigas durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918), puesto que la contienda iba más allá de los intereses de unos países u otros ya que lo que se intentaba por parte del capitalismo mundial era cercar o aislar a una revolución de carácter comunista⁶¹. La Guerra Civil Rusa desarticuló por completo los mercados y el comercio, no solo por la guerra y lo que de ella se derivaba, sino también por la política económica de los bolcheviques, el comunismo de guerra. A los campesinos no les merecía la pena llevar sus productos a los circuitos comerciales, sino que preferían el intercambio o trueque en especie, así que los bolcheviques

57. Rubí i Casals, María Gema, «La supervivencia cotidiana durante la Guerra de Independencia», en Antoni Moliner i Prada (coord.), *La Guerra de Independencia en España (1808 - 1814)* (Barcelona: Nabla Ediciones, 2007), pp. 303-11.

58. Graves, Ralph, «Fearful Famines of the Past», p. 86.

59. Del Arco Blanco, Miguel Ángel, «Las hambrunas europeas del siglo XX...», p. 27.

60. Fontana, Josep, *El siglo de la Revolución...*, p. 71.

61. *Ibid.*, p. 72.

procedieron a las requisas de los productos del campesinado para abastecer al resto del país y, lo que era más importante, al ejército⁶². El resultado fue la protesta de unos campesinos que, a la altura de 1920 – 1921, sufrían los terribles efectos del hambre y las enfermedades que llegaron a sesgar las vidas de cinco millones de personas⁶³.

Cuando en 1945 acabó la Segunda Guerra Mundial, Europa se encontraba devastada. Ocupaciones militares de territorios, bombardeos masivos a ciudades que quedaron absolutamente en ruinas —Dresde, Hamburgo, Kiev o Varsovia—, destrucción de infraestructuras, de redes de comunicación y transporte⁶⁴ etc. A ello se sumaba el trasiego de personas refugiadas de unos países a otros. La población europea padeció el hambre y la enfermedad⁶⁵: en 1945 la población de Viena subsistía con 800 calorías diarias y la de Budapest con 556⁶⁶. La Holanda de 1944 – 1945, con los invasores nazis en retirada hundiéndose diques y anegando campos de cultivo, experimentó el «invierno hambriento» u «*Hongerwinter*»⁶⁷. Debido a la escasez alimentaria propia del conflicto y a la política de tierra quemada en la huida alemana, se produjo una hambruna por la que fallecieron de hambre y frío unas 22.000 personas⁶⁸. No solo los males procedían del conflicto armado, sino que en 1946 – 1947 las condiciones climatológicas adversas —el peor invierno de Europa en cien años— acabó con las cosechas de cereales. La ayuda de las Naciones Unidas, recién creada, a partir de la UNRRA (*United Nations Relief and Rehabilitation Administration*) fue vital y básica para proporcionar alimentación y recursos médico-sanitarios a la población europea liberada⁶⁹.

El hambre, además, ha sido utilizada como un arma de guerra —durante las guerras yugoslavas⁷⁰, en los años noventa, los serbios cercaron

62. *Ibid.*, p. 79.

63. Casanova, Julián, *La venganza de los siervos. Rusia 1917*. (Barcelona: Crítica, 2017), pp. 141-151.

64. Judt, Tony, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. (Barcelona: Taurus, 2006), pp. 39 - 43.

65. Lowe, Keith, *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial* (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2012), pp. 57-64 o Applebaum, Anne, *El Telón de Acero. La destrucción de Europa del Este 1944-1956* (Barcelona: Debate, 2014).

66. *Ibid.*, p. 46.

67. Zwarte, Ingrid de, *The Hunger Winter. Fighting Famine in the Occupied Netherlands, 1944-1945* (Cambridge: Cambridge University Press, 2020)

68. Del Arco Blanco, Miguel Ángel, «Las hambrunas europeas del siglo XX...», p. 35.

69. Fontana, Josep, *El siglo de la Revolución...*, p. 269.

70. Ruiz Jiménez, José Ángel, *Y llegó la barbarie. Nacionalismo y juegos de poder en la destrucción de Yugoslavia*. (Barcelona: Ariel, 2016).

o sitiaron Sarajevo, incautando la ayuda humanitaria que llegaba para la población civil de la capital bosnia⁷¹ —y, especialmente, como un arma económica, es decir, para hacer dinero. Los acaparadores han hecho negocio con el hambre de la población aprovechando las épocas de crisis en las que el precio de los productos básicos aumentaba de forma espectacular. En la España de finales del siglo XVII las malas cosechas aumentaron los precios de productos tan elementales como el pan o el aceite, que las gentes adineradas acaparaban para lucrarse. El presidente del Consejo de Castilla, el conde de Oropesa, fue acusado de promover la acumulación y la especulación de carne y aceite⁷². Los motines de subsistencia fueron, por tanto, corrientes y periódicos en la España moderna. Durante la contemporaneidad, cualquier crisis agrícola, fractura de los circuitos comerciales o política económica desastrosa, causaba un mercado negro en el que los acaparadores se beneficiaban y enriquecían, como es el caso del gran estraperlo en la España franquista.

Sirvan, por lo tanto, los ejemplos expuestos como hambrunas causadas por los factores sociales o humanos donde las instituciones político-administrativas adquirieron una importancia relevante. La mayoría de estos difíciles periodos tuvieron lugar durante el siglo XX, y es que es durante esta centuria cuando, según distintas estimaciones, murieron más personas debido al hambre que en cualquier otro siglo de la historia humana, entre 70 y 80 millones⁷³. Los condicionantes políticos, de esta forma, otorgan una nueva dimensión a los fenómenos que estudiamos y se pone en evidencia cuando, a partir de la segunda mitad del siglo XX, los países desarrollados del occidente capitalista promovieron un Estado de Bienestar que daba prioridad a la seguridad alimentaria de sus poblaciones. Precisamente desde 1950 hasta la actualidad, las hambrunas se han localizado en el continente asiático —China, India, Bangladesh, Camboya o Corea del Norte— y en África, muy vinculadas a la multitud de conflictos armados existentes.

2.2. *¿Un delito contra la humanidad?*

Como se ha expuesto, una gran parte de las hambrunas del siglo XX han venido determinadas por decisiones políticas y económicas de los

71. Fernández-Pacheco Estrada, Cristina, «¿Pueden las hambrunas constituir un delito internacional?», en Alemany García, Macario (coord.) *La calamidad del hambre. ¿Qué pasa con el derecho más básico?* (Lima - Bogotá: Palestra-Temis, 2012), p. 105.

72. Castroviejo Salas, Alberto, «Las revueltas populares en Madrid en la segunda mitad del siglo XVII», *Revista Historia Autónoma* 3 (2013), p. 57.

73. Del Arco Blanco, Miguel Ángel, «Las hambrunas europeas del siglo XX...», p. 27.

Estados, que, con su inacción o sus errores, premeditados o no, intensificaron la miseria y el hambre en épocas de crisis o escasez. Diversos autores sostienen que el *Holodomor* o hambruna ucraniana de 1932 – 1933 fue una herramienta de Stalin para acabar con el nacionalismo ucraniano⁷⁴, puesto que desde Moscú se tomaron medidas que no intentaban paliar, precisamente, la carestía de vida: bloqueo de pueblos, prohibición del comercio, multas a campesinos por la no entrega de los cupos acordados e incluso no se importó alimentos ni se permitió la emigración⁷⁵. Durante la Segunda Guerra Mundial, la Alemania nazi distribuyó de manera selectiva los alimentos en las zonas ocupadas militarmente ya que, por ejemplo, mientras que los alemanes y otros habitantes de estas regiones recibieron racionamiento de carne, los judíos no⁷⁶. En el caso de España, el régimen franquista usó el racionamiento, el estraperlo y la escasez como instrumento de control de la sociedad, más preocupada por sobrevivir día a día que por luchar políticamente en contra del régimen⁷⁷.

A la vista de la importancia de los factores políticos, cabe preguntarse si estas hambrunas pueden constituir algún tipo de delito contra la humanidad. Según la Declaración Universal de Derechos humanos se reconoce la existencia del derecho a la alimentación, en su artículo 25:

«Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, viudez, vejez y otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad»⁷⁸.

El Estatuto de Roma, de la Corte Penal Internacional, establece que su objetivo es castigar los delitos que «constituyen una amenaza para la

74. Es una idea sostenida por la mayoría de historiadores ucranianos y otros: Naimark, Norman, *Stalin's genocides* (New Jersey: Princeton University Press, 2011), Graziosi, Andrea, «The uses of hunger: Stalin's solution of the peasant and national questions in Soviet Ukraine, 1932 to 1933» en Curran, Declan, Luciuk, Lubomyr, Newby, Andrew, *Famines in European Economic History. The Last Great European Famines Reconsidered* (London: Routledge, 2015), pp. 223-260 o Applebaum, Anne, *Hambruna roja...*, entre otros.

75. Del Arco Blanco, Miguel Ángel, «Las hambrunas europeas del siglo XX...», pp. 30-31.

76. Fernández-Pacheco Estrada, Cristina, «¿Pueden las hambrunas...», p. 105.

77. Richards, Michael, *Un tiempo de silencio: la guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936 - 1945*. (Barcelona: Crítica, 1999).

78. <https://www.un.org/es/about-us/universal-declaration-of-human-rights>.

paz, la seguridad y el bienestar de la humanidad»⁷⁹. Por lo tanto, en situaciones de hambre provocada o intensificada por el Estado, este se puede enfrentar a delitos internacionales. No obstante, queda por determinar a partir de qué figuras o categorías se puede juzgar tales delitos⁸⁰. En este camino, historiadores como Howard-Hassmann piensan que las leyes internacionales deben revisar este tipo de crímenes para prohibirlos y castigarlos de alguna forma, por lo que establecen que lo primero es ponerles un nombre. Desde su punto de vista, habla de hambrunas inducidas por el Estado —*state-induced famine*—, ya que son causadas por el Estado y sus políticas públicas⁸¹. Por su parte, David Marcus expone que existe una «*faminogenesis*» cuando es el Estado el que ayuda al surgimiento de la hambruna, estableciendo cuatro tipos de comportamientos: hambruna intencionada, cuando es como método de exterminio; hambruna temeraria, cuando el Estado continúa con las mismas políticas a pesar de la evidencia de hambruna; hambruna por indiferencia, cuando se hace caso omiso a la población hambrienta; y hambruna como consecuencia de la incompetencia⁸². Estas categorías responsabilizarían al Estado, sus dirigentes y sus políticas como culpables.

Algunos estudios plantean que la Corte Penal Internacional puede juzgar los delitos derivados de la privación del derecho a la alimentación desde tres niveles: como genocidio, crímenes de lesa humanidad o crímenes de guerra, puesto que se causa la muerte por inanición, se restringe el acceso a los alimentos, se hace padecer hambre como método de tortura o se somete intencionadamente a un grupo a tales circunstancias con la idea de su destrucción física, parcial o total⁸³.

Sea como fuere, este tipo de acciones quedan en manos de los expertos del Derecho Internacional. La Historia, en mayúsculas, y los que la hacemos, tenemos el deber de sacar a relucir las luces y las sombras de Estados que han permitido periodos de escasez y miseria alimentaria de miles de personas, y que sea la sociedad civil quienes los juzguen.

79. [https://www.un.org/spanish/law/icc/statute/spanish/rome_statute\(s\).pdf](https://www.un.org/spanish/law/icc/statute/spanish/rome_statute(s).pdf).

80. Fernández-Pacheco Estrada, Cristina, «¿Pueden las hambrunas...», p. 106.

81. Howard-Hassmann, Rhoda E., *State Food Crimes* (Cambridge: Cambridge University Press, 2016), p. 17.

82. Marcus, David, «Famine Crimes in International Law», *The American Journal of International Law* 97 (2) (abril de 2003), pp. 245-247.

83. Fernández-Pacheco Estrada, Cristina, «¿Pueden las hambrunas...», pp. 141-42.

3. LA HAMBRUNA ESPAÑOLA DE POSGUERRA EN SU CONTEXTO EUROPEO

La hambruna española de posguerra no es una singularidad de la Europa de entreguerras, ni exclusiva, tampoco, del viejo continente. Las crisis de subsistencia, motivadas por causas de origen natural que llevan al hambre y a la enfermedad han tenido lugar de forma periódica a lo largo de la historia y son bien conocidas desde la Antigüedad. No obstante, fue durante el siglo XX cuando las hambrunas cobraron un mayor precio de vidas humanas, pues fueron determinadas por causas político-económicas. De hecho, ha sido la centuria en la que una mayor cantidad de personas han muerto por razones de esta índole: entre 1914 y 1962 perecieron entre 70 y 80 millones como consecuencia de las hambrunas acaecidas alrededor de todo el planeta⁸⁴.

Si en España la memoria oral y colectiva nos lleva a llamar «años del hambre» a la dura y negra década de los años cuarenta, otros pueblos europeos han creado o matizado su identidad y su memoria, también, a partir de hechos similares que llevaron a la población de estas regiones al borde de la subsistencia: el «Holodomor» en Ucrania entre 1932 y 1933, la «Gran Hambruna» —*O Katohicos limos*— en la Grecia ocupada por las fuerzas del Eje entre 1941 y 1942, el «Hongerwinter» en Holanda durante el invierno de 1944-1945 o el periodo de escasez de alimentos en Austria tras la Segunda Guerra Mundial, entre 1945 y 1948. Es por ello que queremos abordar, de forma comparada, algunas de estas hambrunas europeas de entreguerras y estrechar así vínculos con la hambruna española de posguerra. Todas ellas fueron multicausales, aunque existieron factores determinantes que las desencadenaron en mayor o menor proporción. Además, cuando se presenta el hambre en cualquier comunidad humana, estas tienen diferentes y distintas estrategias de supervivencia muy marcadas por los recursos existentes en las zonas en las que viven, pero, al fin y al cabo, son todas ellas muy parecidas: agudizar el ingenio para elaborar comidas con los escasos alimentos que se poseen, utilizar sucedáneos e incluso llegar a consumir alimentos considerados tabúes por dichas comunidades, recurrir al mercado negro, robos o hurtos famélicos, saqueos a almacenes y un largo etcétera. Es por eso que trataremos de analizar y comparar, brevemente, las hambrunas sucedidas en Europa antes, durante y después de la hambruna española, con el objeto de aclarar sus similitudes y diferencias, no solo para incardinar los «años del hambre» en su contexto internacional, sino para elevarlos al grado de hambruna europea y que sea estudiada como una más de las ocurridas en la Europa de entreguerras.

84. Del Arco Blanco, Miguel Ángel, «Las hambrunas europeas del siglo XX...», p. 27.

Justo a comienzos de la década de los treinta del pasado siglo tuvo lugar una atroz hambruna en Ucrania que, si bien ha permanecido en gran parte silenciada, actualmente está conformando el propio Estado y la identidad nacional ucraniana en oposición a la rusa⁸⁵. La revolución de 1917 transformó por completo la Europa del este conformando la Unión Soviética, una federación de repúblicas que buscaban andar el camino hacia el comunismo, ideado por Marx y adaptado al contexto ruso por Lenin. La República Socialista Soviética de Ucrania formaba parte de esta federación, siendo uno de los pilares fundamentales de aprovisionamiento de cereales en el que tenía un gran peso el mundo rural. El primer paso para la hambruna ucraniana fue la serie de sucesivas malas cosechas desde 1928, que condicionaron todo el proceso posterior, aunque los factores políticos ocuparon un lugar decisivo para magnificar esta crisis. La idea de Stalin era la de impulsar la industrialización de la Unión Soviética a partir de los recursos que proporcionaba la agricultura, para lo cual era necesaria la colectivización del campo, esto es, la expropiación forzosa de la propiedad de los *kulaks* o campesinos ricos y su conversión en explotaciones estatales o colectivas⁸⁶. De esta forma, a partir de 1929 el Estado soviético se fue apropiando de la producción agrícola a través de las requisas de cereal, unos «cupos forzosos» que tenían la doble misión de abastecer los centros urbanos y de ser exportados para obtener divisas con las que comprar bienes de equipo que aceleraran esa ansiada industrialización del país⁸⁷. Esta política agraria, obviamente, no fue del agrado de los agricultores, quienes mostraron su resistencia a la colectivización, por ejemplo, a través del sacrificio del ganado —vacas, cerdos, ovejas, caballos— que utilizaron para comer, almacenar, vender o esconder para no tener que entregarlos⁸⁸. La producción agrícola descendió y el hambre, entonces, comenzó a extenderse por el país. La burocracia soviética continuó con las requisas, enfocada en el cumplimiento absoluto de su plan quinquenal y entendiendo la resistencia campesina como una protesta política. La hambruna ucraniana tuvo su punto álgido entre el invierno, primavera

85. Graziosi, Andrea, «The Soviet 1931-1933 Famines and the Ukrainian Holodomor: Is a New Interpretation Possible, and what would Its Consequences Be?», *Harvard Ukrainian Studies* 27 (1/4) (2004-2005), p. 98.

86. Dalrymple, Dana G., «The Soviet Famine of 1932-1934», *Soviet Studies* 15 (3) (enero de 1964), p. 250.

87. Kul'chyts'kyi, Stalysnav, Olynyk, Mart D., Wynnyckyj, Andrij, «The Holodomor and Its Consequences in the Ukrainian Countryside», *Harvard Ukrainian Studies* 30 (1/4) (2008), pp. 1-2.

88. Applebaum, Anne, *Hambruna roja...*, p. 197.

y comienzos del verano de 1933, siendo esta mucho más intensa en las zonas rurales dedicadas en exclusiva a la producción cerealística, puesto que dicha especialización había sido en detrimento del ganado, que no poseían una vez se completaban las requisas de grano⁸⁹. Para colmo, desde el aparato soviético no se palió la situación con importaciones de alimentos, sino que se recrudecieron las medidas interventoras: bloqueos de pueblos, imposibilidad de emigrar o multas en especie al no poder entregar el cupo asignado⁹⁰. De este modo, la población ucraniana moría de hambre, y quienes no lo hacían tenían que recurrir a alimentos como el perro, el caballo, las hierbas, las patatas podridas e incluso el canibalismo⁹¹. El resultado fue trágico: entre 3 y 4 millones de personas perecieron directamente por la hambruna ucraniana⁹², provocada en gran medida por las políticas socioeconómicas soviéticas, puesto que no solo importaba la industrialización a partir de la colectivización, sino también un deseo de control y represión hacia el nacionalismo ucraniano⁹³.

Ya durante la Segunda Guerra Mundial, el hambre se dejó sentir en Grecia y en Holanda, dos territorios y contextos muy distintos, pero que tuvieron una cosa en común: fueron dos países ocupados por las potencias del Eje. En cuanto al primer caso, en abril de 1941 tropas italianas, alemanas y búlgaras penetraron en las fronteras griegas, tras el intento fallido de Mussolini de finales de 1940. Cuando se produjo la invasión, la situación alimentaria de la población de Grecia se encontraba ya deteriorada a causa de la contienda bélica que se estaba librando desde hacía unos meses, pero a partir de entonces distintos factores conllevaron a una gran hambruna que tuvo su máxima expresión entre diciembre de 1941 y febrero de 1942. La realidad era que la invasión militar había provocado una enorme distorsión política, social y económica. Por un lado, Grecia se encontraba dividida en tres zonas que controlaban tres potencias distintas, aunque convergentes, Italia, Alemania y Bulgaria, lo que dificultaba las comunicaciones y transportes dentro del Estado griego a la vez que incentivaba la emigración interior de la población. Las autoridades de ocupación buscaban mantener los artículos de consumo en su zona, lo que dificultó la distribución de estos⁹⁴. Además,

89. Dalrymple, Dana G., «The Soviet Famine...», p. 257.

90. Kul'chyts'kyi, Stalysnav, Olynyk, Mart D., Wynnyckyj, Andrij «The Holodomor and...», p. 3.

91. Dalrymple, Dana G., «The Soviet Famine...», pp. 258-261.

92. Applebaum, Anne, *Hambruna roja...*, p. 363.

93. Graziosi, Andrea, «The Soviet 1931-1933 Famines...», p. 104.

94. Mazower, Mark, *Inside Hitler's Greece: The Experience of Occupation, 1941-44* (Londres-New Haven: Yale University Press, 1993), p. 28.

eran los alemanes quienes tenían bajo su mando las zonas griegas con mayor producción de cereal, mientras que zonas como Atenas, dominadas por los italianos, eran deficitarias en este sentido⁹⁵. La producción agrícola de 1941, para empeorar las cosas, fue entre un 15 y un 30% más baja que la alcanzada en la cosecha anterior⁹⁶. Los ocupantes ejercieron como tales, utilizando los recursos griegos incautados y requisados no solo para el abastecimiento de sus tropas desplegadas en aquel territorio —unos 200.000 hombres entre alemanes e italianos—, sino para pertrechar a los soldados que combatían en otros frentes, más allá de las necesidades griegas⁹⁷. Por otro lado, la ocupación griega por parte del Eje motivó que los Aliados vieran la región como un espacio de confrontación con el enemigo, por lo que, entre otras cuestiones, paralizaron las importaciones hacia Grecia al mismo tiempo que planteaban un bloqueo comercial sobre el puerto del Pireo, perteneciente a la ciudad ateniense⁹⁸. Tal casuística derivó en una hambruna que sintetizaba el general Alexandre Mazarakis, exministro de Defensa griego, en enero de 1942:

El hambre, la escasez y el ansia de comida se vuelven cada día más feroces. Todas las personas, hasta las más adineradas, han perdido de 10 a 15 kilos de su peso; los más pobres mueren en masa y ahí es cuando crece el sentimiento de solidaridad, cuanto esta gran burguesía se pregunta en estos términos: ¿qué le pasa a todo el que no come y no deja de tener frío en su inhóspita casa?⁹⁹.

Y es que las raciones de pan diarias consumidas por persona habían pasado de más de 300 gramos antes del inicio de la contienda, a menos de 100 gramos para noviembre de 1941¹⁰⁰. Las consecuencias no se dejaron esperar: muertes por inanición, incapacitación de una gran cantidad de personas, hipovitaminosis que originaron trastornos como la amenorrea o suspensión temporal de la menstruación en el 70% de las mujeres o la aparición de enfermedades como el tifus y la tuberculosis¹⁰¹. Para cuando se levantó parte del bloqueo aliado del puerto del Pireo, en marzo de

95. Kitsikits, Dimitri, «La famine en Grèce (1941-1942). Les conséquences politiques», *Revue d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale* 19 Année (74) (abril de 1969), pp. 18-20.

96. Mazower, Mark, *Inside Hitler's Greece...*, p. 26.

97. Kitsikis, Dimitri, «La famine en Grèce...», p. 18.

98. Hionidou, Violeta, «Relief and Politics in occupied Greece, 1941-1944», *Journal of Contemporary History* 48 (4) (octubre de 2013), p. 763. También: Hionidou, Violeta, *Famine and Death...*

99. Citado en Kitsikis, Dimitri, «La famine en Grèce...», p. 28.

100. Mazower, Mark, *Inside Hitler's Greece...*, p. 28.

101. Valaoras, V.G., «Some Effects of Famine on the Population of Greece», *The Milbank Memorial Fund Quarterly* 24 (3) (julio de 1946), pp. 19-20.

1942, y llegaron paquetes de ayuda alimenticia a Grecia¹⁰², lo peor de la hambruna ya había pasado, pues se estima que fueron víctimas de esta hambruna griega ente 250.000¹⁰³ y 450.000 personas¹⁰⁴. Los problemas del hambre en Grecia, atenuados con respecto al crudo invierno de 1941-1942 por la ayuda de la Cruz Roja y Aliada¹⁰⁵, continuaron al menos hasta 1944 y 1945, puesto que, en este último año, por ejemplo, se notificó una epidemia de tracoma —por deficiencia de vitamina C— en la población del Pireo¹⁰⁶.

El caso de los Países Bajos fue totalmente distinto al griego, pues la ocupación nazi en 1940 no alteró las relaciones económicas y sociales de la población y del propio Estado¹⁰⁷. Fue el devenir histórico de la contienda, las alteraciones sufridas en el transporte y distribución de la escasez y la política de tierra quemada llevada a cabo por los alemanes en su retirada hacia sus propias fronteras las que originaron la hambruna de 1944–1945 conocida como el «Invierno del Hambre» u «Hungerwinter». La realidad es que entre 1940 y 1944, aunque la Alemania nazi utilizó los recursos agrarios e industriales holandeses en su beneficio¹⁰⁸, los «Países Bajos Germánicos» gozaron de cierta prioridad en el ámbito económico en comparación con el resto de territorios ocupados: la dieta holandesa se mantuvo relativamente equilibrada hasta septiembre de 1944¹⁰⁹.

No obstante, fue el devenir histórico de la guerra mundial lo que transformó el escenario y la actuación de los protagonistas. Así, para el verano de 1944 el Tercer Reich estaba en pleno proceso de retroceso ante el avance conjunto de los Aliados. Este hecho puso de relieve la importancia de frenar la invasión aliada de los Países Bajos a cualquier precio, para lo que el ejército alemán restringió el transporte marítimo e incluso inundó hasta 50.000 hectáreas de tierra cultivada en lugares como Rotterdam y Ámsterdam¹¹⁰. Los soldados de la Wehrmacht confiscaron y requisaron alimentos y combustible a la población para pertrecharse ante las batallas que venían. El caos bélico estaba influyendo, como no podía ser de otra manera, en la esfera económica y desintegro el sistema alimentario

102. Hionidou, Violeta, «Relief and Politics in...», p. 765.

103. Mazower, Mark, *Inside Hitler's Greece...*, p. 41.

104. Valaoras, V.G., «Some Effects of Famine...», p. 225.

105. Lowe, Keith, *Continente salvaje...*, p. 58.

106. Judt, Tony, *Postguerra. Una historia de Europa...*, p. 47.

107. Del Arco Blanco, Miguel Ángel, «Las hambrunas europeas del siglo XX...», p. 35.

108. Lowe, Keith, *Continente salvaje...*, p. 59.

109. Zwart, Ingrid de, *The Hunger Winter...*, p. 6.

110. *Ibid.*, p. 42.

impuesto por los ocupantes¹¹¹. Los Aliados lanzaron la operación Market Garden a mediados de septiembre de 1944 con el propósito de liberar los Países Bajos, pero esta no se completó puesto que mientras las provincias del sur sí fueron liberadas, las del norte se mantuvieron bajo dominio nazi. Al esfuerzo de guerra aliado se unió el gobierno holandés en el exilio, animando una huelga ferroviaria que obstaculizara el desarrollo militar alemán, a la que los ocupantes respondieron con un embargo temporal de los canales interiores del país¹¹². Todo ello dio lugar a un difícil abastecimiento y transporte de alimentos, que deterioró la situación alimentaria especialmente de las zonas de los Países Bajos todavía ocupadas. Las requisas alemanas llevaron a los agricultores al acaparamiento de productos y a su venta a precios superiores en el mercado negro. La escasez se acentuó. Las condiciones naturales no ayudaron mucho, pues entre diciembre de 1944 y 1945 una oleada de heladas sacudió el país, dejando congelados e impracticables los canales interiores del país.

La interrelación de estos factores contribuyó a la aparición de la hambruna en el oeste urbanizado de los Países Bajos. Las raciones de comida diarias se fueron reduciendo, especialmente desde noviembre de 1944 cuando se ingerían 450 calorías por persona y día, pasando por las 500 de enero de 1945 y bajando de 400 en mayo¹¹³. La población holandesa tuvo que recurrir al mercado negro, acudir directamente al campo por comida o utilizar sucedáneos, como el azúcar de remolacha o los bulbos de tulipán¹¹⁴. El «Invierno del Hambre» dejó en los Países Bajos entre 16.000 y 22.000 muertos¹¹⁵, afectando de manera clara a los elementos más vulnerables de la sociedad: ancianos y niños¹¹⁶. La situación no se pudo ir recomponiendo hasta la definitiva victoria aliada en mayo de 1945, cuando se reactivó el transporte y distribución de los suministros alimenticios.

El fin de la Segunda Guerra Mundial dejó una Europa destrozada y arrasada en todos los aspectos: «sobrevivir a la guerra era una cosa y sobrevivir a la paz, otra»¹¹⁷. Todo el viejo continente se vio azotado por la paz. Esa calma traía consigo una desarticulación de las medidas políticas y económicas de los Estados, de los circuitos de distribución y abastecimiento y

111. *Ibid.*

112. *Ibid.*, p. 45.

113. *Ibid.*, p. 1 y p. 54.

114. Lowe, Keith, *Continente salvaje...*, p. 59.

115. Zwarte, Ingrid de, *The Hunger Winter...*, pp. 62-63.

116. Judt, Tony, *Postguerra. Una historia de Europa...*, p. 46.

117. *Ibid.*

la desolación de los campos de cultivo. El hambre volvió a ser espectadora y espectro de la Historia: en Budapest, capital húngara, la ración diaria en diciembre de 1945 no superaba las 600 calorías para los adultos y en Alemania el promedio de calorías consumidas había descendido desde las 2.500 en 1940-1941 hasta las 1.500 aproximadamente en 1945-1946¹¹⁸.

En la Austria de posguerra también se sintió el hambre. Fue entre 1945 y 1948 y sus causas inmediatas fueron la escasez de alimentos y la ineficiencia del sistema de racionamientos¹¹⁹, que no fue suprimido hasta 1953. En abril de 1945, Viena fue liberada por el Ejército Rojo en su avance imparable hacia el oeste y una vez finalizado el conflicto traspasaron sin muchos problemas el poder administrativo a las autoridades locales austríacas. Lo cierto era que Austria se encontraba en serios apuros alimenticios. Los escasos víveres se racionaron ya en mayo de 1945, cuando se repartía medio kilo de pan por persona y la ración diaria de la población la capital ascendía a tan solo 350 calorías¹²⁰. La agricultura austríaca se encontraba en ruinas —mucho más con el duro invierno de 1946-1947¹²¹— y la población del país dependía de la ayuda externa para su supervivencia: por parte del Ejército Rojo primero, luego por los Aliados y más tarde por la propia ONU y el socorro auspiciado por la UNNRA. Todavía en 1946 la ración diaria de la población no alcanzaba las 1.500 calorías¹²². De esta forma, se dieron fenómenos como la acumulación de alimentos por parte del campesinado, que declaraban una cosecha inferior a la oficial para vender la diferencia a los habitantes de las ciudades¹²³, la búsqueda de alimentos alternativos —sucedáneos— o el aprovechamiento al máximo de los recursos abundantes en la zona, en este caso los guisantes, asociados en Austria al hambre: «tiempo de hambre, tiempo de guisantes»¹²⁴. También tuvieron que traspasar las fronteras de la legalidad, no solo acudiendo al mercado negro —donde los precios llegaron a ser 264 veces superior a los oficiales¹²⁵—, sino cometiendo infracciones como saqueos de almacenes, fábricas o trenes de mercancías, que fueron entendidas como hechos necesarios para mera supervivencia y que los austríacos achacaban

118. *Ibid.*

119. Bandhauer-Schöfmann, Irene, «El hambre en la memoria colectiva de la población vienesa», *Historia, Antropología y Fuentes Orales* 22 (1999), pp. 113-14.

120. *Ibid.*, p. 114.

121. Fontana, Josep, *El siglo de la Revolución...*, p. 269.

122. Bandhauer-Schöfmann, Irene, «El hambre en la memoria colectiva...», p. 115.

123. *Ibid.*, p. 123.

124. *Ibid.*, p. 127.

125. *Ibid.*, p. 124.

al «saqueador y violador ruso» como una forma de «mantener la cohesión de la familia austríaca»¹²⁶.

Sea como fuere, estas hambrunas europeas del periodo de entreguerras guardan una estrecha relación con la hambruna española de posguerra, puesto que no solo existen similitudes en las múltiples causas que la originaron —cupos forzosos al campesinado, como en Ucrania, paralización de las importaciones como en Grecia, dificultad en la distribución de los alimentos como en Holanda o la escasez de alimentos y una política ineficaz de racionamientos, como en Austria—, sino que, sobre todo, hay un vínculo con las trágicas consecuencias que acarrearón consigo: búsquedas de alternativas alimentarias ante la escasez, muertes por inanición, enfermedades carenciales e infecciosas derivadas de la malnutrición o las distintas estrategias de subsistencia puestas en lizas por la población y que en muchas ocasiones traspasaron los límites de la legalidad.

126. *Ibid.*, p. 122.